

Sembrando y regando

Como pequeñas gotas que van formando pequeños riachuelos, así la preciosa palabra del Señor llega a inundarnos con una iluminación siempre creciente, que nos pone en contacto con las realidades celestiales, que no están al alcance del hombre común, pues son un privilegio de los creyentes.

Damos gracias al Señor por su constante gracia que consigue, como fruto, poder compartir con nuestros lectores la bendición recibida. “De gracia he de dar lo que de gracia recibí”, como dice una hermosa canción de consagración.

La palabra “comuni3n”, tantas veces aplicada de forma ligera, tendr3 para nosotros un significado m3s profundo, por la comprensi3n del privilegio de haber sido llamados a participar de una realidad celestial, eterna. Permita el Se3or que su palabra sea vivida, aplicada a la vida pr3ctica de su pueblo en cualquier lugar donde 3l mismo nos ha puesto para alumbrar. Muchos han de ser usados para regar lo que otros van sembrando.

Mientras prepar3bamos la presente edici3n, recibimos la noticia de la partida a la presencia del Se3or de nuestro amado hermano James Huskey (USA). Expresamos nuestra gratitud al Se3or por este fiel siervo suyo, colaborador en la publicaci3n y difusi3n de esta revista en M3xico y Estados Unidos.

El Se3or siga avivando Su obra en medio de los tiempos.

Melquisedec

Casi al inicio de la historia bíblica, se alza un misterioso personaje trayendo un mensaje de Evangelio.

Henry Law

“Entonces Melquisedec, rey de Salem y sacerdote del Dios Altísimo, sacó pan y vino...”
(Gén. 14:18).

Concluida la primera guerra que ensombrece las páginas de la Historia, Abraham regresa coronado por el éxito y cargado de botín. Súbitamente, aparece ante nuestros ojos una escena maravillosa, tanto por lo que revela como por lo que oculta. En las páginas de las Escrituras se alza un personaje que viene envuelto en gran misterio, y ya su mismo nombre atrae nuestra atención pues lleva un mensaje de Evangelio.

Emerge un personaje

En cuanto a dignidad terrenal, su posición es alta, ya que es rey de Salem. Por sus oficios sagrados también ocupa un lugar prominente, pues es sacerdote del Dios Altísimo. Si investigásemos su linaje, tropezaríamos con un velo imposible de traspasar. Sobre su vida, el sol nunca sale ni se oculta. Cuando aparece, lo hace con todo su vigor, luciendo como el sol de mediodía.

Tan oscuro es en su sublimidad y tan sublime en su oscuridad, que debemos preguntarnos si estamos solo ante un hombre. Al aparecer no trae sus manos vacías, ni sus labios guardan silencio. Reconforta al patriarca con provisiones para el camino, y a esto añade el aliento de la bendición en el nombre de Dios. El derecho a la reverencia y al homenaje pertenece a Abraham, y, no obstante, éste le entrega los diezmos de todo.

Pistas que conducen a Jesús

Este es el relato que nos ha llegado. Pero las Escrituras no se detienen aquí, sino que nos enseñan que todas estas líneas son pistas que nos conducen a Jesús. En este importante personaje vemos con gran claridad las glorias del oficio de nuestro Señor. Con una frase concisa las Escrituras nos dicen que Melquisedec es *«hecho semejante al Hijo de Dios»* (Heb. 7:3). Con frecuencia se anun-

cia que Jesús es «*sacerdote para siempre, según el orden de Melquisedec*». Por eso la fe, que solo subsiste mirando a Jesús, se sienta a Sus pies con gozo santo, al calor de los rayos del Evangelio.

¡Contempla a Melquisedec! Con sabio propósito, sus antepasados están ocultos a nuestra vista. También los primeros orígenes de Jesús están envueltos en nubes y oscuridad. Por generación eterna es el Hijo coeterno del Padre. Pero, ¿quién puede entender tal misterio? Es decir, que el que engendra no precede al engendrado, y el engendrado no es posterior al que actúa de padre.

Esta verdad es como un océano sin límites. Quedémonos a sus orillas con mansedumbre y admirémosla. Pero no nos apuremos porque no podemos sondear lo que es insondable.

Océano sin límites

El pináculo de esta verdad se oculta en lo profundo de los cielos, y nosotros, pobres gusanos terrenos, debemos permanecer con reverencia en torno a su base. Para conocer la esencia de Dios debemos poseer, primero, la mente de Dios. Para verle como es, debemos ser como él es. Para medir las dimensiones de su naturaleza, debemos poseer su infinitud, y sentarnos en su trono como amigos.

Leemos, y sabemos que Jesús es, por generación eterna, Dios verdadero. Si

bien es verdad que no podemos sumergirnos hasta lo profundo, podemos, al menos, refrescar nuestras almas en las aguas de la superficie. Porque todo esto significa que Cristo es suficiente para pactar con Dios y para satisfacerle, salvando así a su pueblo hasta el fin.

No podemos ver la cuna de Melquisedec, es cierto; pero le vemos sobre la tierra hecho ya hombre. Los testigos oculares, que oyeron y tocaron a Jesús, dan testimonio de que también él anduvo en este tabernáculo de barro, pudiendo así derramar su sangre para nuestro rescate.

Así es Jesús

En cuanto a Melquisedec, no podemos hallar ni su principio ni su fin. La investigación no nos revelará cuándo empezó o cesó de existir. Así es Jesús. Su piedad es como un día imprecadero que se extiende de una eternidad a otra. Su ser fluye como una corriente continua.

Antes de que el tiempo existiera su nombre era «*Yo soy el que soy*». Cuando el tiempo concluya su nombre seguirá siendo «*Yo soy el que soy*».

Lector, ¿no te causa asombro tal grandeza? Tal vez te preguntes si puedes acercarte y echarle en sus brazos. No lo dudes. Mira a Jesús. Su amor es tan eterno como su ser. No ha vivido ni nunca vivirá dejando de tener a su

pueblo grabado en su corazón: «*Con amor eterno te he amado; por tanto te prolongué mi misericordia*». Los muros de Sion se alzan perpetuamente ante él. Tan grande inmensidad da aliento, porque es la inmensidad de una gracia tierna.

Melquisedec. ¡Cuán grande es este nombre! Quien lo pronuncia está en realidad diciendo: Rey de justicia. Pero, ¿quién sino Jesús puede reclamar tal título en todo su significado? Porque, ¿qué es su obra, y qué su persona sino la gloria de la justicia? Desde que Adán cayó, la tierra no ha visto justicia excepto en Él.

Su reino es, primero, justicia, y luego paz (Rom. 14:17). Existe allí un trono, justamente erigido, que administra la justicia. Todos sus estatutos, preceptos y órdenes; cada decreto, cada recompensa o castigo es como un rayo de justicia.

Cada súbdito aparece luminoso con los ropajes reales de la pureza, ciñendo una corona de justicia (2ª Tim. 4:8). Cada uno se deleita en su nueva naturaleza de justicia.

Cristo no se perdona a sí mismo, para que todos aquellos que se refugien en él puedan ser perdonados para siempre.

Un abrigo de calma

Lector, ¿no anhelas ser justo como él también es justo? Solo existe un camino: aférrate a Jesús. Su Espíritu matará en ti el amor al pecado, y te dará la simiente viva de la justicia.

Melquisedec era un monarca local. Su ciudad estaba adornada con el nombre de Salem, que significa Paz. La guerra que había azotado el país no afectó a sus pacíficos ciudadanos. Y aquí tenemos de nuevo un dulce símbolo del bienaventurado reino de Jesús. Sus dominios, envueltos en una atmósfera de paz, son como un abrigo de calma imperturbable.

El cielo ha firmado la paz con los habitantes de este reino. El pecado se rebeló y despertó la ira divina tiñendo de cólera cada atributo de Dios. Se desenvainó la espada de la venganza y las flechas destructoras apuntaron hacia este mundo de iniquidad. Pero he aquí que viene Jesús y limpia a su rebaño de toda mancha de maldad. Él es «*el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo*». El ojo examinador de Dios no puede hallar causa alguna de enemistad, y su sonrisa desciende sobre ese reino lavado con sangre.

Otro corazón

También sus ciudadanos tienen paz con el cielo, porque aunque el pecado les había llenado de odio a la san-

tidad de Dios, de temor a su brazo vengador, y aversión a su presencia, Jesús, por medio de su Espíritu, arranca ese corazón de piedra e implanta otro lleno de amor filial. Y ahora solo hay deleite en acercarse a Dios, andar a su lado, escuchar su voz y cantar sus alabanzas.

Los habitantes del reino tienen paz interior. Al ver la cruz se aquieta toda tormenta de la conciencia, y la voz acusadora de Satán se apaga. Ellos pueden ver a un Redentor divino que apaga con su sangre las llamas del infierno y construye con sus méritos el palacio celestial.

Lector, no existe la paz fuera de este Salem. Solo dentro de sus muros se oye un canto de paz perfecta. Sus puertas aún están abiertas. El Príncipe de Paz está llamando. ¡Bienaventurados los que le oyen y se apresuran a recibir el reposo que él da!

Melquisedec ejercía las funciones más santas. Era sacerdote consagrado del Dios Altísimo. Siendo rey, ocupa un lugar sobre los demás hombres; y siendo sacerdote, está ante Dios continuamente. Este mismo santo oficio es el que Jesús posee, y no desdén obra alguna que pueda servir a la iglesia.

Un altar: Cristo

La entrada del pecado requiere una expiación, porque no hay pecador que pueda aproximarse, sin una cau-

sa que borre la culpa, a un Dios que odia el pecado. Y esta expiación solo se puede realizar mediante la muerte de una víctima propiciatoria, y esta víctima solo puede morir a manos de un sacrificador. Por esta razón necesitamos un sacerdote que celebre este rito cruento, y en Jesús hallamos todo lo necesario. Por lo tanto, creyente, exclama con gozo que Cristo es tu todo.

Hay un altar: Cristo. Ningún otro sería suficiente. Solo él puede sostener la víctima que ha de llevar los pecados del pueblo. Traen un cordero, y ese cordero es Cristo. Ningún otro posee en su sangre un mérito equiparable a la culpa del hombre. Por ello, Jesús, Dios en esencia y hombre en persona, se extiende sobre el madero maldito. Pero, ¿qué sacerdote se atreverá a acercarse a este altar sobrenatural? ¿Qué mano se alzaría contra esa víctima divina? Su sola vista haría temblar a un hombre hasta consumirlo. Jesús, pues, tiene que ser el Sacerdote.

Un perdón eterno

Pero, ¿puede él sacrificarse a sí mismo? Lector, la voluntad de Dios viene determinada por su naturaleza. Su corazón está lleno de amor por su pueblo. Cristo mira a Dios y mira a su iglesia, y da su sangre con gozo. Creyente, abre bien los ojos de la fe y contempla la obra gloriosa de tu glo-

rioso Sumo Sacerdote. Cristo no se perdona a sí mismo, para que todos aquellos que se refugien en él puedan ser perdonados para siempre.

Pero hay que hacer notar que el Cordero ha muerto una vez para siempre. La obra del Sacerdote en la tierra ha sido concluida para siempre. Las tinieblas se han disipado. El Sacerdote ha entrado con su propia sangre en el Lugar Santísimo, obteniendo así eterna redención.

¿Hay aún quien se atreva a hablar de sacerdotes, altares y sacrificios en la tierra? Que tengan cuidado y lo consideren. Es algo grave jugar con el lenguaje del Espíritu y con los nombres de Jesús. Lo que empieza por la ignorancia puede terminar en la muerte. En la obra del Sacerdote aquí abajo hay esta gloriosa inscripción: «Consumado es». Y en su obra allá arriba está escrito: «Nunca cesa». Jesús vive, y por ello su oficio vive también.

Creyente, mírale, sentado a la diestra de la Majestad en las alturas, con sus vestiduras sacerdotales. Sobre sus hombros están los nombres del verdadero Israel, que es una prueba de que, mientras su corazón palpita, lo hace por ellos. La voz de su intercesión siempre se oye y siempre triunfa. «Padre, perdónalos»; y son perdonados. «Padre, ten misericordia de ellos»; y las misericordias descienden rápidas. El incienso de su intercesión asciende continuamente. «Padre,

bendícelos»; y son bendecidos. Con su mano extendida, él recoge todas sus ofrendas de oración, alabanza y servicio. Luego las perfuma con la rica fragancia de sus méritos. Todo lo dignifica con su dignidad, y así nuestra pobreza se convierte en gran bienestar.

Pan y vino

Melquisedec sale al encuentro de Abraham con pan y vino. El agotado guerrero se halla débil y muy cansado, pero esta provisión le reconforta. El Señor cuida con ternura las necesidades de su pueblo. La maldición sobre los amonitas es terrible por haber negado pan y agua a Israel cuando iban de camino después de salir de Egipto (Dt. 23:4).

Aquí tenemos otra imagen de nuestro gran Sumo Sacerdote. Con divina generosidad, Cristo provee todo lo que necesita una fortaleza desgastada, un espíritu decaído o un corazón desmayado.

La batalla de la fe es dura; el sendero de la vida nos parece, con frecuencia, largo; pero a cada paso nos encontramos con salas de banquete abiertas con toda clase de deleites preparados. Tenemos el manjar sólido de la Palabra; las copas rebosantes de promesas; las fuentes abundantes de las ordenanzas; los símbolos, que son como el maná de la mano de Dios; y tenemos también el

aliento espiritual del cuerpo que él entregó y la sangre que derramó.

Nuestro verdadero Melquisedec nos invita a que nos acerquemos. Y mientras nos regalamos con fe vivificante, aquella voz amorosa se deja oír diciendo: «*Bendito seas del Dios Altísimo*».

El patriarca, con reverencia agradecida, ofrenda los diezmos de todo. ¡Oh alma mía! ¿Qué darás tú al gran sumo Sacerdote? Dile con lenguaje de adoración: Señor, yo soy tuyo; tú me has comprado con tu sangre; tú

me has ganado con la ternura de tu gracia; tú me has llamado con tu voz irresistible; tú me has subyugado con tu Espíritu. Soy tuyo. Mi alma es tuya para adorarte; mi corazón es tuyo para amarte, y mi cuerpo para servirte. Con mi lengua te alabaré, y mi vida es tuya para glorificarte. Mi eternidad es tuya para contemplarte, para seguirte, para cantar tu nombre. Aun la eternidad es demasiado breve para que un alma redimida glorifique a Jesús, el Redentor.

<http://www.scribd.com/doc/11508182/El-Evangelio-en-Genesis>

El símbolo del pez

En la historia cristiana, persecución y sufrimiento como los que vemos hoy en día en el Oriente Medio, Asia y África, han marcado a los seguidores de Cristo desde el comienzo de la iglesia.

En los casi trescientos años antes de que Constantino legalizara el cristianismo, los seguidores de Cristo se enfrentaron a terribles persecuciones. Durante diez generaciones, los cristianos cavaron casi mil kilómetros de catacumbas debajo y alrededor de la ciudad de Roma.

Las catacumbas eran tumbas subterráneas, donde los cristianos se reunían en secreto para celebrar los cultos. A miles y miles de ellos los enterraron allí como resultado de la intensa persecución.

Los arqueólogos que han explorado las catacumbas han descubierto una inscripción común en todas ellas. La inscripción era la palabra griega **ichtus**, que se usaba como un acróstico para «Jesús Cristo, Hijo de Dios, el Salvador».

Puedes reconocer esta señal, porque ahora este símbolo del pescado se encuentra en muchos autos que pertenecen a cristianos. Qué lejos hemos llegado cuando pegamos este símbolo que se identificaba con los hermanos martirizados del primer siglo en la parte trasera de nuestros vehículos utilitarios deportivos y de nuestros lujosos sedanes en el siglo XXI.

David Platt, *Radical*



Dios llama a vasos personales a colaborar con su propósito, pero él tiene también en vista su vaso mayor, la iglesia.

La visión y el vaso

Romeu Bornelli

Tres aspectos fundamentales en relación a la visión celestial son: la gloria de Cristo, la gloria de la iglesia, y la absoluta necesidad de la revelación. Nuestra carga ahora es hablar del vaso. Dios necesita levantar vasos. La visión y el vaso deben volverse una sola realidad. El mensaje cristiano genuino tiene que ser una expresión del mensajero y de su historia bajo la disciplina de Dios.

Cristo y la iglesia

En primer lugar debemos establecer que el centro del propósito eterno de Dios es su propio Hijo. Dios todo lo hace con su Hijo, en él, por él y para él. Para que Cristo tenga la preeminencia en todas las cosas. Sin duda, la iglesia participa del propósito de Dios, pero ella no es el centro de este propósito. «Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas» (Rom. 11:36). Este es el aspecto más importante en cuanto a la visión celestial.

En segundo lugar, Dios llamó a la iglesia. En su consejo eterno, él planeó que su Hijo tuviese una esposa, y que ella fuese también su tem-

plo, su familia y su cuerpo. En lo que concierne a la iglesia, estos son los tres aspectos de la visión celestial: la iglesia es el cuerpo de Cristo, es la casa espiritual de Dios, y es la familia de Dios.

Cuando pensamos en la iglesia como cuerpo de Cristo, él es la cabeza; cuando pensamos en ella como una familia de muchos hijos, Cristo es el hermano mayor, el primogénito entre muchos hermanos, y cuando pensamos en ella como casa espiritual de Dios, Cristo es la piedra angular.

Revelación

El tercer aspecto es la absoluta necesidad de la revelación. Cuando Pablo ve con claridad el propósito eterno de Dios, él dobla sus rodillas. En los primeros once capítulos de Romanos, cuyo tema es el evangelio de Dios, vemos mucha doctrina, revelación y teología. Y después de escribir esos capítulos, aquel hombre tan lleno de conocimiento exclama:

«¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios, e inescrutables sus caminos! Porque ¿quién entendió la mente del Señor? ¿O quién fue su consejero? ¿O quién le dio a él primero, para que le fuese recompensado? Porque de él, y por

él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén» (Rom. 11:33-36). Si hablamos de doctrina o conocimiento bíblico sin que ello nos lleve a doblar nuestras rodillas, entonces eso no es revelación. La verdadera revelación nos llevará siempre a la adoración.

La necesidad de Dios

Ahora hablaremos del vaso. La iglesia busca la palabra de Dios; pero Dios busca a sus siervos. Si Dios no encuentra a sus ministros, la iglesia no tiene Su palabra. Dios llama a siervos, para que Sus necesidades sean suplidas.

Cuando leemos los tres primeros capítulos de 1 Samuel, vemos allí un tiempo de crisis. El sacerdocio había fracasado. Ana era estéril. Ella subía con su marido cada año a Jerusalén, para ofrecer sacrificios al Señor. Así, Ana fue percibiendo las falencias del sacerdocio. Ella estaba amargada, pues no tenía hijos, y suplicaba al Señor que la bendijera. Pero, cada año, una impresión mayor quedaba en su corazón. No era ella quien estaba estéril, sino Dios. No había nadie que representase a Dios en la tierra.

En 1 Samuel 3:3 se dice que *«antes que la lámpara de Dios fuese apagada»*, Dios llamó a Samuel. Samuel significa *«el nombre del Señor»*.

Cada año, el corazón de Ana fue tomando una carga. «*Si dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida*». De alguna manera, ella comprendió la necesidad de Dios.

¿Por qué Dios llama a colaboradores? ¿Por qué él se interesa en los vasos? Dios podría no tener ninguna necesidad: él es completo y perfecto en sí mismo. Pero él decidió limitarse a sí mismo, y llamar a colaboradores que puedan compartir con él su corazón y su carga. Nuestro mayor privilegio como iglesia es ser colaboradores de Dios.

Compromiso del Espíritu Santo

Antes de entrar en el tema del vaso, necesitamos hacer tres consideraciones de suma importancia. En primer lugar, el Espíritu Santo fue enviado del cielo para un único propósito: su compromiso y actividad es llenar todas las cosas con Cristo, y llenar a Cristo de todas las cosas. No olvidemos esto.

¿Qué significa llenar todas las cosas de Cristo? Efesios 1:23 dice que Cristo es «*aquel que todo lo llena en todo*», y la iglesia es su cuerpo. Y Efesios 4:10, dice que Cristo «*subió por encima de todos los cielos para llenarlo todo*». Él es el heredero de todas las cosas. Todo fue creado para él, y le pertenece a él. Mientras no

se manifieste la realidad universal de Cristo como aquel que es el dueño de todas las cosas, el Espíritu Santo no descansará.

Por eso, en la consumación del propósito eterno de Dios, toda rodilla de los que están en los cielos, en la tierra y debajo de la tierra, se doblará y todos confesarán que Jesucristo es el Señor. Porque ese es el compromiso del Espíritu Santo. Entonces, esta primera consideración es muy importante.

Prueba real

Segunda consideración. Si lo que hablamos es verdad, entonces, la prueba real de toda obra cristiana es su eficacia en ampliar la medida de Cristo en este universo. Esto significa que Dios mide todas las cosas por medio de su varón aprobado. Él es la medida de Dios, el metro cabal, probado y aprobado.

En Apocalipsis 1, cuando Juan tuvo la visión de la gloria del varón aprobado por Dios, él lo describe en detalle desde la cabeza a los pies, de manera maravillosa. Y, ¿qué tenemos en los capítulos 2 y 3? Siete iglesias. El número 7 nos habla de plenitud en la tierra. Las siete iglesias están a los pies del Señor, y el varón aprobado por Dios mide a cada una de ellas. Su medida es justa. Entonces, cuando él mide a Éfeso, él la ala-

ba por su perseverancia, su labor y su ortodoxia. Mas, él dice: *«Pero tengo contra ti, que has dejado tu primer amor»* (2:4).

La intención del Señor Jesús al medir su casa es llevarnos a una mayor plenitud. Según el libro de Ezequiel, en cada medida que Dios hace, se ve más de la plenitud. Cuando aquel varón toma la vara y mide las aguas, éstas llegaban a los tobillos. Al medir una vez más, estaban en las rodillas. Mide otra vez, y las aguas llegaban hasta los lomos. Una vez más, y era un río que no se podía cruzar.

¿Qué significa medir? Juzgar. El juicio debe comenzar por la casa de Dios. Lo más saludable que podemos hacer hoy es orar como iglesia: *«Señor, juzga tu casa; pasa nuestras vidas por el fuego. Juzga nuestros relacionamientos, juzga nuestro servicio, nuestras relaciones familiares, todo lo que hay en nosotros y entre nosotros»*. Porque Dios ya *«ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos»* (Hech. 17:31).

Nunca perdamos de vista que Jesús es el varón medida de Dios. Todo lo que a Dios le interesa es Cristo. Entonces, en toda obra cristiana, esta es la verdadera prueba: si esa obra

contribuye a ampliar la medida de Cristo en este universo. Al Señor no le interesan los números, sino la realidad espiritual, es decir, cuánto de Cristo hay en cada creyente, en nuestro servicio, en nuestro mensaje, en todo lo que somos y hacemos.

Tercera consideración. Si lo que dijimos en los dos primeros puntos es verdad, entonces, ¿qué es el ministerio? Es nuestra colaboración con el Espíritu Santo en su compromiso de llenarlo todo de Cristo y llenar a Cristo de todas las cosas. Estas tres consideraciones son de vital importancia. Por eso, nuestra carga hoy es hablar acerca del vaso. Dios llama a vasos personales a colaborar con su propósito, pero él tiene también en vista su vaso mayor, la iglesia.

La mayordomía de Ana

Cuando Ana subía año tras año a Jerusalén, una carga iba siendo puesta en su corazón. Ella vio que Dios estaba estéril. Dios necesitaba colaboradores. Entonces oró: *«Si dieres a tu sierva un hijo varón, yo lo dedicaré a Jehová todos los días de su vida»*. Esa no era una negociación con Dios. Ana estaba pidiendo un hijo para ella, pero que no estaría con ella. En otras palabras, ella no pidió algo para sí misma.

Los tres primeros capítulos de 1 Samuel son muy hermosos. El Señor

bendice a Ana, y ella concibe un hijo: Samuel. Ella lo amamantó y lo cuidó hasta que fue destetado. Entonces Ana lo entregó en el templo del Señor. Y el niño Samuel permaneció en el templo. ¡Qué maravillosa figura!

«Y le hacía su madre una túnica pequeña y se la traía cada año» (1 Sam. 2:19). Esa expresión es un bello reflejo de la mayordomía de Ana para el Señor. Samuel era propiedad del Señor, y Ana cuidaba de aquello que pertenecía a Dios. Ella tejía la túnica quizás imaginando cuál era ahora el tamaño de su Samuel. *«Y el joven Samuel iba creciendo, y era acepto delante de Dios y delante de los hombres»* (2:26).

Dios busca sus vasos

En aquel tiempo, y ahora, Dios ha buscado a sus siervos, ha llamado colaboradores que puedan participar de su carga, aquello que está en su corazón, su propósito eterno en Cristo Jesús. El vaso escogido por Dios, del cual nos ocuparemos ahora, es el apóstol Pablo. Sin duda alguna, por sobre todos los apóstoles, fue él quien tuvo la comprensión más clara del eterno propósito de Dios. Entonces, veremos algunas etapas en la vida de Pablo.

Con ayuda del Señor, dividiremos la carrera de Pablo en siete aspectos o siete pasos, desde que el Señor lo

llamó, hasta el final de su jornada, descrito en la segunda epístola a Timoteo. Guardemos esto en el corazón: Dios busca sus vasos; la visión celestial no es nada si ella no es encarnada en vasos.

La visión en el vaso

¿Cuál es el principio de la obra de Dios? *«Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros»* (Juan 1:14). La Palabra se hace carne, la visión en el vaso; aquello que es eterno, es manifiesto en lo que es temporal. Tal es el principio de la obra de Dios. Si la Palabra no se hace carne en nosotros, si la visión y el vaso, el mensaje y el mensajero, no se hacen uno, entonces no hay realidad en la visión, y la obra de Dios no puede ser realizada.

Cuán importante es esto. Nosotros no somos llamados a estudiar doctrinas. Puedes leer un libro sobre la visión celestial que te cause gran impresión; puedes estudiarlo, comprenderlo y transmitirlo. Sin embargo, no producirá impacto alguno a menos que el mensajero y el mensaje se vuelvan una sola realidad.

Repetimos: el mensaje tiene que ser la expresión del mensajero y de su historia bajo la mano disciplinaria de Dios. Si no estamos bajo la disciplina de Dios, Dios no tendrá sus obreros. Ellos no son formados en semi-

narios o estudios bíblicos. Sí, es vital leer la Palabra, estudiarla, meditar en ella y memorizarla; pero eso no nos constituye siervos de Dios. Mediante la disciplina, Dios forja sus vasos, y entonces el mensaje y el mensajero llegan a ser una sola cosa.

«Entonces Ananías respondió: Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos en Jerusalén; y aun aquí tiene autoridad de los principales sacerdotes para prender a todos los que invocan tu nombre. El Señor le dijo: Ve, porque instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel; porque yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre» (Hech. 9:13-16).

mos a andar otros seis pasos, para tener una vislumbre. En otra ocasión veremos la segunda carta a los corintios, llamada «la autobiografía de Pablo», para ver el vaso y la visión siendo uno solo.

En el inicio, en el camino a Damasco, aquel que creía saberlo todo, quedó ciego. Saulo fue abatido en tierra. Cuando él describe su carrera en el judaísmo, en Filipenses capítulo 3, dice que él aventajaba a todos los de su generación, y que tenía un celo religioso irreprochable. Incluso tenía una denominación eclesiástica. Él dice que era «*de la tribu de Benjamín*». Estaba orgulloso de ello. Pero, cuando vio a Cristo, dice: «*Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cris-*

Mediante la disciplina, Dios forja sus vasos,
y entonces el mensaje y el mensajero
llegan a ser una sola cosa.

Un vaso escogido

La palabra «*instrumento*» significa un vaso, «un vaso escogido». En el primer encuentro del Señor con Saulo, se iniciaría una larga jornada. Por elección soberana, Dios apartó un vaso escogido, y él trabajaría este vaso. A partir de este comienzo, va-

to Jesús» (3:8). Este fue el primer paso – el Señor encontró a Saulo y comenzó a trabajar en su vida.

Saulo y Esteban

Segundo paso. Antes de que el Señor le saliera al encuentro, Saulo fue testigo del martirio de Esteban. ¿Qué hay de importante en este

evento? Esteban fue el antecesor de Saulo. Podríamos decir que, si Esteban no hubiese sido apedreado, tendríamos una dupla maravillosa predicando la visión celestial.

Cuando Esteban habla ante el Sane-drín, en pocos minutos predica dos mil años de historia, desde Abraham hasta Cristo. Y al concluir, la clave de su predicación es una pregunta tomada de Isaías 66. «*¿Cuál es el lugar de mi reposo?*». Desde Abraham hasta Cristo, Dios ha estado buscando una casa espiritual. «*Si bien el Altísimo no habita en templos hechos de mano ... El cielo es mi trono, y la tierra el estrado de mis pies. ¿Qué casa me edificaréis? dice el Señor; ¿O cuál es el lugar de mi reposo?*» (Hech. 7:48-49).

Esteban vio que Cristo es la casa espiritual de Dios, pero también vio que la iglesia es la casa espiritual de Dios. ¿Perciben eso? Esteban vio a Cristo y la iglesia. Y es Pablo quien dirá: «*Grande es este misterio; mas yo digo esto respecto de Cristo y de la iglesia*» (Ef. 5:32). Esteban es el precursor de Saulo.

¿Saben qué ocurrió cuando Saulo oyó aquel mensaje? Las ropas de los que apedreaban a Esteban estaban a los pies de Saulo. Él nunca antes había oído hablar la palabra de Dios de esa manera, interpretando todo

desde Abraham hasta los profetas, de una manera cristocéntrica. Esteban fue para Saulo olor de muerte para muerte.

Al oír a Esteban, la ira de Saulo se acrecentó. Hechos 9 dice que Saulo era como un toro embravecido, respirando amenazas y muerte contra los discípulos del Señor. Y él mismo testifica en Hechos que, cuando los cristianos eran apresados y asesinados, él daba su consentimiento.

Saulo era un asesino de cristianos. Por eso, cuando él escribe a Timoteo, dirá: «*Habiendo yo sido antes blasfemo, perseguidor e injuriador ... fui recibido a misericordia, para que Jesucristo mostrase en mí el primero toda su clemencia, para ejemplo de los que habrían de creer en él para vida eterna*» (1ª Tim. 1:13, 16). ¿Saben lo que significa esta frase? «Si Dios lo hizo en mí, él tiene gracia suficiente para hacerlo en cualquier otro».

«*Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero*» (v. 15). Pablo se califica a sí mismo como el principal de los pecadores, aquel que está en primer lugar. Sin embargo, el Señor tomó a ese jefe de los pecadores, y trabajó en él. La visión celestial fue puesta en este vaso, gracia sobre gracia.

Tras once años

Un paso más. Tras el encuentro del Señor con Saulo, pasaron más o menos once años, hasta que vemos al apóstol en Antioquía (Hechos 11). Cuando Bernabé vio la obra del Espíritu Santo, él consideró que esa obra era demasiado grande. Entonces, va a Tarso en busca de Saulo, y por todo un año enseñaron en Antioquía.

Gálatas nos dice que Saulo estuvo tres años en Arabia, y probablemente otros ocho años en Tarso. ¿Qué estaba haciendo el Señor con Saulo? Lo mismo que hizo con Moisés. Moisés vio la casa de Dios en figura; Saulo vio la casa de Dios en su realidad. Ambos hablan del tabernáculo de Dios. Uno, el tabernáculo terreno, y el otro el tabernáculo celestial, la casa espiritual de Dios.

Una relectura

Cuando Saulo estuvo oculto aquellos años, tal vez él estaba haciendo una relectura. Once años para tomar la Torá, los profetas, los Salmos, y hacer una relectura, a la luz de la revelación de la gloria de Cristo. Entonces, ahora, cuando él mira al Génesis, ve a Abraham como tipo de Cristo, ve la justificación por la fe; Cuando mira a Isaac, ve al heredero de Dios; y cuando mira a Isaías, ve a Cristo en Isaías.

Saulo hizo una relectura. Este es un paso muy importante. Cuántas veces Dios nos da una pequeña revelación, y cuán rápidos somos en transmitir lo recibido, sin ninguna realidad, sin entender el principio de la obra de Dios. «*El Verbo fue hecho carne*». La palabra oída necesita ser encarnada en nosotros, llenando nuestros corazones.

Cuando Pablo se levanta en Antioquía, ahora sí hay poder en las Escrituras, hay luz espiritual. Aquel vaso escogido fue puesto en silencio, para que pudiera oír al Señor. Después vinieron los viajes misioneros. Mucha predicación, mucha claridad. Aun en esos viajes, percibimos que Pablo continúa creciendo. Su carta a los tesalonicenses, a los corintios, a los romanos, son muy diferentes a sus epístolas desde la prisión. Éstas son mucho más altas; el conocimiento de Pablo está más maduro. Él está llegando al final de su jornada.

Gracias a Dios, la revelación es progresiva. Nosotros caminamos de gloria en gloria, de un estadio inferior a uno más alto, a medida que contemplamos las glorias del Señor en su palabra. Así ocurrió con Pablo.

Un corazón que desborda

Quinto paso. A partir de ese periodo de silencio de once años, vemos

un corazón que desborda. Ahora Pablo escribe sus epístolas más altas. La frase más extensa de todo el Nuevo Testamento está en el primer capítulo de Efesios, desde el versículo 3 hasta el 11. Es una frase sin puntos, apenas comas, porque su corazón está rebosando. Ahora, la visión y el vaso son una sola cosa. Por eso dice: «¡Ay de mí, si no anunciaré el evangelio!» (1ª Cor. 9:16).

Efesios es la epístola de los superlativos. Pablo no habla simplemente de la gracia, sino de las abundantes riquezas de la gracia; no solo de la gloria, sino de las riquezas de la gloria; no solo del poder, sino de la supereminente grandeza de su poder. Él no dice solo que Dios es poderoso, sino que es poderoso para hacer mucho más de lo que pedimos o entendemos. Un corazón que desborda, porque Dios está trabajando en ese vaso.

Saulo de Tarso es ahora el apóstol Pablo. El perseguidor, ahora será perseguido; el que salía a capturar, ahora está capturado.

«Prosigo, por ver si logro asir aquello para lo cual fui también asido por Cristo Jesús ... prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús» (Flp. 3:12, 14). Ese es un corazón desbordante.

Realidad vs. palabrería

Si la Palabra no se hace carne en nosotros, si la visión celestial no encuentra vasos, somos simplemente charlatanes, hablamos de algo que no tiene realidad en nosotros. Cuando Pablo llegó a Atenas, se dirigió a los atenienses, que eran muy curiosos. Pablo entró al Areópago, y le pidieron que hablara. Ellos conocían toda la filosofía griega, y pensaban: «¿Qué querrá decir este palabrero?» (Hech. 17:18).

Pablo se pone de pie en el Areópago y predica el mensaje de Dios, poniendo a los filósofos en el banco de los acusados: «Pero Dios, habiendo pasado por alto los tiempos de esta ignorancia» (v. 30). ¡Cuánto valor! Ahora, la visión celestial está encarnada en el vaso.

Pablo mismo era un erudito. Él fue instruido a los pies de Gamaliel, y conocía la cultura griega. Ahora, él acusa a esos hombres de ignorantes, notificándoles: «(Dios) ha establecido un día en el cual juzgará al mundo con justicia, por aquel varón a quien designó, dando fe a todos con haberle levantado de los muertos» (Hech. 17:31). Dios tiene un varón aprobado, y es delante de ese varón que todas las cosas comparecerán. Todo el universo será medido por Cristo. Si la filosofía de ellos no con-

cuerda con Cristo, ella no es nada. Este es el quinto paso: Pablo tiene un corazón que desborda.

La visión en Juan

Juan inicia sus cartas hablando algo similar. *«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palparon nuestras manos tocante al Verbo de vida ... eso os anunciamos»* (1ª Juan 1:1, 3). ¿Qué significa «eso»? La visión en el vaso. Ellos lo habían tocado. Recuerden que Juan reclinaba su cabeza en el pecho de Jesús. Por eso nos dio aquel libro tan maravilloso que es el Apocalipsis.

Al final de sus días, aislado en Patmos, Juan tuvo esa visión consoladora. Se dice en la Historia que Juan tuvo probablemente bajo su cuidado aquellas siete iglesias, desde Éfeso hasta Laodicea. Ahora, él está exiliado. No puede hacer nada más. Y él ora por las iglesias, preocupado por la obra de Dios. Él es el último apóstol. ¿A dónde irán las iglesias? ¿Cuál será el destino del evangelio? Tanta carga, tanta visión.

¿Y qué ocurre entonces? *«Oí detrás de mí una gran voz»* (Ap. 1:10). ¡Qué cosa maravillosa! Si el Señor quería hablar con Juan, ¿por qué no se presentó delante de él? Él quiso darle una primera lección, como diciéndole:

«Juan, no mires hacia el lugar equivocado. No mires a las iglesias, no mires a la obra. Mírame a mí».

Un gran consuelo

«Y me volví para ver la voz que hablaba conmigo; y vuelto, vi siete candeleros de oro» (1:12). Una visión maravillosa, porque Juan veía aquellos candeleros en la tierra, sujetos a la persecución, a las aflicciones, a perder la dirección. El consuelo para Juan fue como si el Señor le estuviera diciendo: «Juan, aquello que tú ves en la tierra, los siete candeleros, son una realidad en los cielos. Mi obra nunca pasará; mi iglesia no puede ser destruida».

Así como sucedió con Pablo, también fue con Juan. Él recibe un consuelo tan grande. Cuando él describe al Señor resucitado, ve que *«tenía en su diestra siete estrellas»*. Esas siete estrellas son *«los ángeles de las siete iglesias»*, es decir mensajeros o vasos (los mensajeros de Dios para sus iglesias).

El versículo 16 dice que *«de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro era como el sol cuando resplandece en su fuerza»*. Todo esto está en el versículo 16. ¿Qué significa? Las iglesias de Dios siempre tendrán sus mensajeros, sus vasos; siempre tendrán su palabra, y siempre verán su rostro. ¡Cuán consola-

do fue Juan! Sí, ahora él podía partir, porque vio en manos de quién estaba la obra y las iglesias de Dios.

Que los santos rebosen

Así también ocurrió con Pablo. A medida que la visión iba siendo encarnada en él, entonces su corazón rebosaba. Cuando él ora por las iglesias, ¡qué oraciones tenemos allí! En Efesios, hay dos oraciones; en 1^a Colosenses, una más, y en el capítulo 2 otra pequeña. Otra en Filipenses 1. En todas las cartas desde la prisión, Pablo está orando. Y la carga de su corazón es la visión celestial. Él pide que los santos rebosen. Su propio corazón está desbordando.

«...que seáis llenos del conocimiento de su voluntad en toda sabiduría e inteligencia espiritual» (Col. 1:9). Las oraciones de Pablo en prisión son las oraciones del Espíritu Santo por la iglesia. Solo el Espíritu sabe cómo orar. Nosotros no sabemos orar como conviene. Entonces, al estudiar esas oraciones, vemos el corazón desbordante del Espíritu Santo a través del vaso Pablo. La visión y el vaso son una sola cosa; el mensaje está en el mensajero.

Un ejemplo, un modelo

Entonces Pablo puede decir a los filipenses: *«Lo que aprendisteis y recibisteis y oísteis y visteis en mí,*

esto haced; y el Dios de paz estará con vosotros» (Flp. 4:9). A los corintios: *«Sed imitadores de mí, así como yo de Cristo»* (1^a Cor. 11:1). Y a los filipenses: *«Sed imitadores de mí, y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros»* (Flp. 3:17). Un ejemplo, un modelo. ¿Por qué? Porque la visión se encarnó en el vaso.

Sexto paso. ¿Qué fue llevado a hacer Pablo en esa su jornada con el Señor? La correcta evaluación de la fe. Pablo usa a veces la palabra *«cosas»*. Es una palabra común, que él usa de una manera especial, mostrando que él tenía en su interior una balanza espiritual para pesar todo. Esa balanza es en extremo importante. Para que la visión sea una realidad en el vaso, es necesaria una correcta evaluación de todas las cosas. Esto es discernimiento espiritual.

Vaso quebrantado

«Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu» (Rom. 8:5). Aquí hay un primer contraste. Las cosas que son de la carne parecen buenas, pero son cosas de la carne. La emoción rige esta esfera, en un hombre no regenerado. La voluntad seguirá todo aquello a lo cual se apega la

emoción, y la mente racionaliza de acuerdo con aquello que la voluntad admitió. Entonces las cosas ilícitas se vuelven lícitas, y el mal se vuelve bien, porque la emoción conduce la voluntad, y la mente racionaliza.

Así son las cosas de la carne. ¡Cuánto de la llamada obra de Dios proviene de la energía de la carne! Pero a Dios le interesa el punto de partida. Si algo comienza en el alma, en nuestra voluntad, en nuestras ideas o sentimientos, no tiene valor alguno para Dios. Solo aquello que comienza en el Espíritu, por revelación espiritual, hallará una expresión a través de nuestra alma. Mas, para que esto ocurra, el vaso debe ser quebrantado.

Ya decíamos que el verdadero mensaje cristiano tiene que ser la expresión del mensajero y su historia bajo la disciplina de Dios. Si no hay una historia de disciplina de Dios, no hay mensajero verdadero, y no hay un mensaje que pueda causar impacto. Por eso, Dios busca vasos y trabaja en ellos con perseverancia.

En 1ª Corintios vemos de nuevo la balanza espiritual de Pablo: las cosas de Dios y las cosas del hombre. *«Porque ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así*

tampoco nadie conoció las cosas de Dios, sino el Espíritu de Dios» (2:11). Son dos ámbitos tan diferentes.

Equilibrio necesario

Pero, gracias al Señor, Proverbios 20:27 dice: *«Lámpara de Jehová es el espíritu del hombre»*. Entonces, cuando el Espíritu Santo viene a morar en nuestro espíritu, a medida que, por el Espíritu, tenemos sabiduría y revelación, entonces las cosas de Dios se vuelven una con las cosas del hombre, y ese es el encargo o carga espiritual.

En Filipenses, vemos otra vez la balanza espiritual de Pablo: *«Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante» (Flp. 3:13)*. Es necesario este equilibrio. Atrás, él tenía sus éxitos, las iglesias que había establecido; pero también sus fracasos y aflicciones. Entonces, él pone todo junto, y dice: *«Dejando atrás todas esas cosas y extendiéndome hacia las que están adelante»*. Necesitamos esa balanza espiritual, para no gloriarnos de lo que queda atrás, porque las cosas que están por delante siempre son las más sublimes.

Pablo escribe a los Colosenses: *«Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra» (3:2)*. Un contraste más: las cosas de lo alto y las cosas de la tierra. En 2ª Corintios

4:18, «no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas».

Decisiones de fe

¿Cómo puede ser instalada esa balanza espiritual en nuestras vidas? Aquí hay un secreto espiritual: las decisiones de fe. Hebreos 11, a partir del versículo 25, nos habla de las decisiones de fe de Moisés. Allí hay verbos en extremo importantes. Moisés «tuvo por mayores riquezas el oprobio de Cristo que los tesoros de Egipto». Esa es una decisión, «porque tenía puesta la mirada en el galardón». Una decisión más.

Él tomó la decisión de abandonar Egipto, «no temiendo la ira del rey, porque se sostuvo como viendo al Invisible». De nuevo, visión celestial. Moisés dejó la corte de Egipto, para irse a cuidar las ovejas de su suegro. Era una locura. Dios lo llevó al desierto por cuarenta años. El Señor estaba forjando ese vaso.

Mientras Dios estaba forjando a Pablo, habrían de tomarse muchas decisiones de fe. Es así con todos nosotros. Dios no podrá forjar nuestras vidas si no vamos tomando decisiones de fe. Para los creyentes, ¿cuál es el criterio básico para tomar estas decisiones? Pablo dice: «Todas

las cosas me son lícitas, mas no todas convienen; todas las cosas me son lícitas, mas yo no me dejaré dominar de ninguna» (1ª Cor. 6:12). Esas son las decisiones de fe.

A causa de nuestra inmadurez, hacemos preguntas tales como: «¿Puedo o no puedo hacer esto? ¿Es correcto o no hacer tal cosa?», en lugar de: «Señor, ¿esto satisface o no tu corazón?».

Su gloria, su satisfacción

¿Qué es la gloria de Dios? Muchos dicen que esta palabra es indefinible. Por una parte, eso es verdad. La gloria nos habla de resplandor, de peso, de riquezas, de autoridad. Es todo eso. Pero definiremos la gloria así: «La gloria es la expresión de la satisfacción de Dios consigo mismo». Es porque Dios está tan satisfecho consigo mismo, que él es glorioso. Su gloria es su satisfacción consigo mismo.

Entonces, habrá gloria allí donde Dios esté satisfecho consigo mismo, donde haya una expresión de su vida, naturaleza y carácter. En un hogar, veremos un marido glorioso, si en la vida de él se halla la naturaleza y el carácter de Cristo. Habrá gloria de Dios en nuestro servicio, si allí hay algo de la vida, de la naturaleza y del carácter de Dios. Eso es la gloria.

¿Qué es la unción? Hablamos tanto de estas palabras: gloria, unción, servicio. ¿Será que entendemos estas palabras? ¿Qué es la unción espiritual? La unción significa simplemente que la presencia de Dios es reconocida en aquel vaso en que está. Donde Dios está, allí está la unción. Si hay unción, Dios está presente.

Un final triunfante

Un último paso. Cuando Dios estaba formando este vaso, después de las epístolas de la prisión, Pablo está llegando al final de la carrera. Y qué final triunfante encontramos allí, a los ojos de Dios, no a los ojos del mundo.

Pablo estaba en una prisión romana subterránea, no en la prisión domiciliaria. Era un calabozo. Aquella prisión era fría, maloliente y llena de ratas. Y allí, Pablo escribe su última carta.

¿Qué le pide Pablo a Timoteo? *«Me abandonaron todos los que están en Asia ... Procura venir pronto a verme ... Solo Lucas está conmigo ... Procura venir antes del invierno ...»* (2ª Tim. 1:15; 4:9, 11, 21).

¿Qué tiene este hombre de Dios en sus manos? Solo su capa y algunos libros. *«Trae, cuando vengas, el capote que dejé en Troas en casa de*

Carpo, y los libros, mayormente los pergaminos» (4:13).

Allí estaba aquel siervo de Dios, al final de su jornada. Gracias por la obra del Señor en Pablo.

Ese fiel siervo de Dios no tenía bienes. Lo que hacía era mirar hacia la meta, y decir: *«Me está guardada la corona de justicia ... y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida»* (4:8). Ese fue el fin de la jornada de Pablo.

El día del Señor

¿Qué tenía Pablo delante de él? Cuando él escribe las primeras epístolas, a los tesalonicenses les habla del *«día del Señor»*. Y cuando escribe a los filipenses, les habla del *«día de Cristo»*. Pero cuando le escribe a Timoteo, le habla sobre *«aquel día»*. Pablo se volvió tan íntimo de ese día, el día en que aquel que comenzó en él y en sus iglesias la buena obra, la completaría. Él fijaba su mirada en ese día.

¿Para qué servimos al Señor? ¿Para tener popularidad, para tener bienestar, recibiendo algo a cambio? ¿Cuál es el motivo de nuestro servicio? Solo hay un motivo: Cristo y su venida. Todo lo que hacemos tiene como meta su venida gloriosa. Y mientras él no se manifieste, todo lo que hagamos será fragmentario.

Nuestros ojos están en aquel día. Cuando él se manifieste, seremos semejantes a él. Así terminó Pablo su jornada. ¡Alabado sea el Señor!

Visión vs. mera tradición

Necesitamos que el Espíritu Santo nos visite. De lo contrario, seremos solo charlatanes. ¿Saben cuál es el problema con las generaciones que suceden a los avivamientos? La primera generación tiene una poderosa revelación.

La siguiente, recibe revelación de segunda mano, y solo tiene tradición. La visión celestial se convierte en una manera de hablar, una palabrería propia. Una manera de alabar, una manera de reunirse. Y en la tercera generación, es aún peor. Ocurre una indiferencia.

Necesitamos que Dios tenga misericordia de nosotros, y visite su iglesia. *«Oh Dios de los ejércitos, vuelve ahora; mira desde el cielo, y considera, y visita esta viña. La planta que plantó tu diestra, y el renuevo que para ti afirmaste»* (Salmos 80:14). ¡Cuánto necesitamos una visitación de Dios, para que las glorias de Cristo sean recuperadas entre nosotros, para que vivamos para la gloria de Cristo, para que todo sea para él!

El Espíritu Santo solo tiene este objetivo. Pero nosotros necesitamos

orar, para que la visión celestial no llegue a ser solo una tradición. Tenemos una absoluta necesidad de revelación.

En Mateo 13, el Señor dijo a sus discípulos: *«Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen. Porque de cierto os digo, que muchos profetas y justos desearon ver lo que veis, y no lo vieron; y oír lo que oís, y no lo oyeron»* (16-17). Así somos nosotros. Los discípulos vieron algo y oyeron algo. Pero, hasta que el Espíritu Santo descendió sobre ellos en el Pentecostés, hasta que esa asamblea fue visitada por el Señor, nada sería realidad espiritual.

Nuestro Cristo

La visión celestial en el vaso, esa es la obra del Espíritu Santo. Eso es lo que él quiere hacer con cada uno de nosotros. La Biblia no es un compendio de teología, sino una revelación viva de Cristo. Todo el placer y la alegría del Espíritu Santo es hacer, al Cristo de la Biblia, nuestro Cristo. Dios busca sus vasos, para que su iglesia tenga su palabra. Dios aguarda que nosotros nos ofrezcamos a él, a fin de que él tenga suplidas sus necesidades. Que el Señor continúe hablando a nuestros corazones.

Mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2016.

TEMA DE PORTADA

Cualquier forma de comunión que no sea reflejo de la vida en la Trinidad, no es comunión.



Luiz Fontes

Visión y comunión



“Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo Jesucristo nuestro Señor”.

– 1ª Cor. 1:9.

El tema de esta conferencia es «*Permaneciendo en la visión celestial*». Con anterioridad, revisamos los cuatro fundamentos de la visión celestial: el ministerio de la palabra, la comunión, el partimiento del pan y las oraciones. Ahora nos centraremos en el segundo fundamento, la comunión, buscando extraer la fuerza de la frase: «*llamados a la comunión con su Hijo*».

Entre vosotros

Siempre es importante dar la máxima atención a los primeros capítulos en los libros de la Biblia, porque generalmente en ellos hallaremos los principios básicos, la clave que abrirá la revelación de todo el libro. Sabemos que Pablo, en su primera carta a los Corintios, trata muchos asuntos delicados, uno de los cuales es la división. Al estudiar esta epístola, uno de los principios está dado en una frase del primer capítulo: «*entre vosotros*» (1:9).

«Os ruego ... que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones ... Porque he sido informado ... que hay entre vosotros contiendas» (1:10-11). «...pues habiendo entre vosotros celos, contiendas y disensiones, ¿no sois carnales, y andáis como hombres? ... Cuando os reunís como iglesia, oigo que hay entre vosotros divisiones; y en parte lo creo ... Por lo cual hay muchos enfermos y debilitados entre vosotros, y muchos duermen» (3:3; 11:18, 30).

Aquí podemos percibir la naturaleza y el carácter de la iglesia a la cual Pablo escribe. La frase «entre vosotros» es clave para entender la condición de la asamblea en Corinto, envuelta en contiendas, celos y disensiones, quebrantada por hechos carnales, que había fracasado en algunos principios espirituales.

Ella había fallado en el servicio al Señor. Vemos esto en el capítulo 12, cuando Pablo aborda el tema de los dones espirituales.

Había disputas entre ellos a causa de los dones, y era una iglesia que no había comprendido la grandeza, el profundo significado y la realidad espiritual de la mesa del Señor.

Entonces, cuando leemos las frases «entre vosotros», logramos tener una visión de la real condición espiritual de la iglesia en Corinto.

Perdidos de la visión

Es importante notar algo en el versículo 1:9. «Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo». Aquí estamos ante una de las grandes frases bíblicas, una de las mayores declaraciones en la palabra de Dios. Por un lado, vemos la condición real de decadencia de Corinto. Ellos estaban perdidos de la visión celestial, porque los puntos fundamentales de la visión denotaban una profunda crisis.

Podemos decir, sin exagerar, que aquella iglesia estaba yendo a un precipicio espiritual. Su situación era profundamente dramática. Observen la frase «entre vosotros», que acusa toda la información que Pablo tenía sobre ella: su degradación, su corrupción, las divisiones y contiendas que había entre ellos.

¿Qué es la comunión?

Pablo afirma contundentemente: «Fiel es Dios, por el cual fuisteis llamados a la comunión con su Hijo».

¿Tenemos una idea plena de lo que significa la comunión del Hijo de Dios? ¿Qué significa ser llamados a esta comunión?

Creo que hemos restringido el significado de la palabra comunión a nuestra experiencia. Cuando vemos cómo la iglesia ha vivido el tema de

la unidad y comunión, creo que no hemos captado la fuerza de estos conceptos. Veamos, entonces, a la luz de la palabra de Dios, lo que significa la comunión.

Permítanme mostrar tres puntos para comenzar a adentrarnos en este asunto. Primero, Dios es una comunidad de tres personas. La comunión es la principal actividad de la Trinidad. Es como el poderoso torrente de un río que fluye de una persona a la otra. Este río tiene tres vertientes. La primera se llama *vida*; la segunda, *relacionamiento*, y la tercera, *amor*.

Vida, relacionamiento y amor son las palabras que explican la comunión de la Trinidad. Se podrían añadir otras palabras aquí, pero éstas tres son fundamentales.

Cada persona de la Trinidad vive para las demás. Toda su vida es entregada hacia la otra persona; todo su amor es para el otro.

El relacionamiento es aquello que explica el verdadero sentido de la Trinidad. Esta es la comunión del Hijo de Dios, es la realidad de la comunión a la cual hemos sido llamados. Nuestra vida de comunión como iglesia no puede ser menos que esto. Cualquier forma de comunión que no sea reflejo de la vida en la Trinidad, no es comunión.

Punto culminante

Veamos esto: La comunión es el fundamento de todo lo que Dios es y de todo lo que él hace. Su naturaleza y su obra están basadas en esta realidad de comunión. Y esto debe ser práctico para nosotros, porque el punto culminante de nuestra salvación es la comunión: la comunión con el Padre, con su Hijo y con su Espíritu. El fundamento de todas las obras de Dios es la comunión; y, si esto es real respecto de Dios, debe serlo también en nosotros.

Todas estas verdades tienen el propósito de corregir nuestras deficiencias en el servicio. Todo lo que hacemos al Señor y los unos a los otros, debe tener el fundamento de la comunión.

La ayuda del Espíritu

Avancemos un punto más. Cuando tratamos de entender la palabra comunión, en primer lugar, tenemos que pedir ayuda al Espíritu Santo de Dios, porque él es el Espíritu de comunión. Con su guía, podemos intentar mirar en la eternidad pasada.

Porque hubo un tiempo (si podemos decirlo así, aunque no existía el tiempo, sino la eternidad), cuando no había nada creado. Ni siquiera había ángeles. Solo había Dios, esta comunidad de tres personas, vivien-

do eternamente el uno para el otro, en vida, relacionamiento y amor.

Estas tres personas estaban satisfechas la una con la otra. Todo lo que el Padre anhelaba, lo tenía en su Hijo; todo el placer de la vida del Padre estaba en su Hijo. El Padre era todo en su Hijo; era su alimento, su pan, su agua, su vida.

Por eso, prestemos atención a las enseñanzas del Señor Jesucristo en los evangelios. Ellas son algo singular en toda la Biblia, porque todo lo que él enseñó eran testimonios de aquello que él había vivido con el Padre.

Cuando Jesús decía: «*Yo soy el pan de vida*», él sabía lo que era realmente ese pan, porque, eternamente, él vivió alimentado por aquel Pan eterno que era el propio Padre. Cuando él hablaba de sí mismo como el agua, «el que tiene sed, venga a mí, y beba», él conocía perfectamente el poder de esa agua, porque él había vivido eternamente inundado de este río divino de amor, de este río de vida sobre él. Todas sus enseñanzas eran verdaderos testimonios de lo que él vivió con el Padre. El Padre era su escuela, su enseñanza.

Entonces, al pensar en la frase «*llamados a la comunión con su Hijo*», hemos de adentrarnos en la eterni-

dad pasada, con ayuda del Espíritu, y ver un poquito de aquello que el Hijo vivió en el Padre, y lo que el Padre vivió en el Hijo.

Comunión que desciende

Ahora, pongamos atención: La comunión eterna desciende a la tierra. Lo veremos cuidadosamente, para percibir toda la fuerza de la palabra «comunión». «*Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad*» (Juan 1:14).

La palabra «*habitó*» tiene una connotación muy especial en el Nuevo Testamento. Ella contiene una de las enseñanzas más contundentes en las Escrituras. Una de las más gloriosas verdades acerca de la comunión se concentran en ella. La palabra original encierra la idea de «extender el tabernáculo».

Las palabras *tabernáculo* o *templo*, proceden de Dios, así como las palabras: alianza, gracia, misericordia, amor. La explicación de ellas está en el propio Dios.

La idea del tabernáculo o templo viene de Dios. Debemos entender que, cuando Dios mandó a Moisés levantar el tabernáculo, todo aquello que Dios ordenó hacer a Moisés tenía que ver con Su mente, con Su

carácter y Su propósito. Era una revelación de la persona de Dios, y de la gloriosa obra de su Hijo.

Habitando

En Éxodo 25:8, Dios mismo nos define el propósito del tabernáculo. «*Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos*», o «estaré en medio de vosotros». Esencial-

Tabernáculo extendido

«*Por esto están delante del trono de Dios, y le sirven día y noche en su templo; y el que está sentado sobre el trono extenderá su tabernáculo sobre ellos*» (Ap. 7:15).

El contexto de este versículo nos dice algo muy importante. A partir del versículo 9, Juan tiene la visión

La belleza de la iglesia, ante los ojos de Dios, no se compara con toda la grandeza del universo.

mente hablando, esto significa que el propósito de Dios en relación al tabernáculo es la comunión. Dios dio aquel tabernáculo para que él pudiese descender allí y tener comunión con su pueblo. Todo en el tabernáculo apuntaba hacia la persona y la obra de su Hijo. Si lo estudiamos en detalle, tendremos una visión gloriosa de la Trinidad, y de la persona y obra del Hijo de Dios.

Entonces, concentremos nuestra mirada en la palabra «*habitó*». Hay cinco menciones de ella en el Nuevo Testamento: una única vez en el evangelio de Juan, y cuatro veces en el libro de Apocalipsis. Vamos a estudiar dos versículos en Apocalipsis que nos dan luz acerca de esta palabra.

de una gran multitud, constituida de pueblos, tribus, lenguas y naciones, que están delante del trono de Dios.

La frase «*extenderá su tabernáculo sobre ellos*», es la misma palabra «*habitó*» de Juan 1:14. La expresión de Juan 1:14, traducida conforme al original es: «*extendió su tabernáculo*». Entonces, cuando nuestro Señor Jesucristo descendió, aquel tabernáculo eterno y celestial descendió a la tierra.

Si alguien lee la Biblia con una mente natural, jamás podrá captar la verdad de esta palabra. Solo por el Espíritu de Dios es posible estudiar y entender la grandeza de esta revelación. Cuando unimos Juan 1:14 y Apocalipsis 7:15, tenemos una re-

velación general: aquella comunión eterna, que estaba en el tabernáculo divino, ahora desciende a la tierra.

Dios extiende su tabernáculo en la tierra. Podemos mirar a él y ver en él a nuestro Señor y Salvador, podemos ver en él toda la centralidad de la obra de Dios. Si pensamos en la iglesia como una casa, él es el fundamento; si pensamos en la iglesia como una familia, él es el primogénito; si pensamos en la iglesia como un cuerpo, él es la cabeza. ¡Gloria a Dios por todo eso!

La cima de nuestra salvación

Sin embargo, debemos detenernos en esta verdad de una manera singular. Tenemos que verlo a él como aquella comunión eterna que desciende a la tierra, porque esta es la cima de nuestra salvación. El perdón de nuestros pecados fue solo el comienzo, pero la culminación de todo es que entremos en la gloria de la comunión que el Hijo vivió eternamente con el Padre.

No obstante, en ningún lugar de la Biblia se nos muestra que caminamos hacia esto, sino que se nos exhorta a vivirlo ahora. Todas las fuerzas del infierno, todas las artimañas del enemigo, todas sus armas contra la iglesia, batallan contra esta comunión. Tal es lo que vemos en la

primera epístola a los corintios, y esto debe ser una lección para nosotros.

Debemos mirar a esta epístola con mucho temor en nuestros corazones, para discernir cuáles de estas cosas está revelando Dios a nuestra propia situación. Y debemos esforzarnos en amarnos unos a otros, como de hecho fuimos amados; y esforzarnos en perdonar así como nosotros fuimos perdonados. Si así no fuere, la comunión solo será entre nosotros una teoría, una palabra que predicamos, una palabra que cantamos, pero no una realidad que vivimos. Nunca podremos pensar en la visión celestial sin este glorioso fundamento de la comunión.

Entonces, este versículo de Apocalipsis 7:15 debe traer un peso de gloria a nuestro corazón. Cuando nuestro Señor Jesucristo vino a la tierra, aquel tabernáculo eterno descendió ahora a nosotros. Su primera venida está registrada en Juan 1:14. Él extendió su tabernáculo entre nosotros. Ahora, vemos el mismo tabernáculo dentro de la gloria.

Un nuevo participante

Lo glorioso de todo esto es que el Espíritu Santo nos ayuda a mirar a la eternidad pasada, donde vemos en Dios un gran tabernáculo, una comunidad de tres personas, vivien-

do eternamente en comunión. Sin embargo, el Espíritu nos lleva también a mirar a la eternidad futura, y podemos ver de nuevo este gran tabernáculo, pero con un elemento más – la iglesia del Señor Jesús.

Ahora aparece no solo el tabernáculo constituido de tres personas. Hay otro ser en este lugar: el nuevo hombre de la nueva creación. Todos nosotros, los hermanos, estaremos en ese tabernáculo.

«Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios» (Ap. 21:3).

Observemos esta frase: *«He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos»*. Esto es muy importante para todos nosotros, porque esta frase amplifica los dos textos ya examinados. Aquí tenemos la consumación y la gloria final de esta palabra *«habitó»*. ¡Cuán precioso es todo esto para nosotros!

Comunión bajo ataque

Vemos que toda la obra de Satanás contra la iglesia, es para destruir esto. ¿Por qué hay tantas divisiones, tantas separaciones y tantas contiendas entre el pueblo de Dios? Tenemos que entender que la comu-

nión es un grandioso fundamento para la realidad de la iglesia. El enemigo intenta atacar justamente este punto de la comunión, y si no somos diligentes, si no hay temor a la voz del Señor, fracasaremos.

El gran problema de las divisiones es que las personas no vieron a Cristo. El problema está en nuestro propio corazón ególatra. Aquí nacen las divisiones y las contiendas.

Las personas se van separando, se hieren, se dañan. Pero la verdad es que no estamos simplemente hiriéndonos unos a otros, sino que estamos hiriendo al Señor, a su expresión en su iglesia; estamos ofendiendo a este tabernáculo.

La iglesia es la mayor realidad visible de esta tierra. La belleza de la iglesia, ante los ojos de Dios, no se compara con toda la grandeza del universo. Si miramos hacia el universo, nos asombra su orden y su esplendor. A medida que lo conocemos, quedamos maravillados. Pareciera no haber belleza semejante.

Sin embargo, al pensar en la iglesia según el propósito eterno de Dios, al mirar a la iglesia según la palabra de Dios, toda la belleza del universo, tanto del macro como del microcosmos, no es comparable a la gloria y hermosura de la iglesia del Señor Jesús.

Una batalla

Entonces, nosotros tenemos que amar la iglesia, tenemos que batallar por la iglesia, por la unidad del Espíritu, por esta comunión. El enemigo batalla contra nosotros y contra Cristo, atacando la comunión. Cuando el diablo nos afecta en la comunión, él está ofendiendo a Dios. Esto es algo muy serio.

«Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros» (Juan 1:14). Aquí tenemos al menos dos lecciones importantes. El tabernáculo o el templo revelan la verdad espiritual más profunda del deseo de Dios de encontrarse con el hombre.

¿Cómo es posible esto? Cuando esta comunión se despierta entre nosotros. Cuando estamos aquí, en esta realidad de comunión, satisfacemos el deseo de Dios, porque nosotros somos su templo; hemos sido introducidos en su tabernáculo que es Cristo. Él vino y armó su tienda entre nosotros, nos llevó adentro y ahora él nos hizo esta casa.

Muchas moradas

«En la casa de mi Padre muchas moradas hay» (Juan 14:2). ¿Cuáles son estas muchas moradas? ¿Será que en el cielo habrá una casita para cada uno de nosotros? ¿Es eso lo que Juan está hablando? La respues-

ta es simple: «La casa de mi Padre». La Biblia enfatiza en muchos pasajes que nosotros somos la casa de Dios. Pablo escribe a Timoteo que nosotros somos «la casa de Dios, que es la iglesia del Dios viviente, columna y baluarte de la verdad» (1ª Tim. 3:15). Hebreos 3:5-6 habla de «la casa de Dios ... la cual ... somos nosotros». Hebreos 10:21 dice que somos «la casa de Dios». Nosotros somos esta casa.

«En la casa de mi Padre muchas moradas hay». Dios vino a habitar en su tabernáculo. Esto es maravilloso. Pero no podemos tomar esto de una manera meramente doctrinal; tenemos que vivir esta realidad. La única forma de proclamar esto es que vivamos la verdadera comunión. Si no la experimentamos, estamos predicando una irrealidad o simulación, y esto no es espiritual, sino maligno. Entonces, tenemos que pedir a Dios que él venga a romper todas las prisiones que nos mantienen cautivos en divisiones, contiendas y cosas similares.

Vivir para el otro

El tabernáculo es un lugar en Dios, donde él desea encontrarse con nosotros. Día tras día, él hace todo por atraernos. Él envió a su Hijo, y éste vino y extendió su tabernáculo entre nosotros. Él envió a su Espíritu,

el cual vino a habitar dentro de nosotros. No hay nada que sea mayor, nada que pueda superar esto; ésta es una verdad suprema. Las contien- das, las divisiones, son cosas peque- ñas ante la grandeza de este taber- náculo en el cual estamos incluidos.

Una verdad más. El templo en Dios es un lugar de compañerismo. Este compañerismo siempre existió en Dios, y esta realidad tiene que estar entre nosotros, como entre las tres personas de la Trinidad eterna, don- de el uno vive para el otro. La gran pregunta que debemos hacernos es: «¿Realmente vivo yo para mi herma- no?».

Ego aplastado

Cuántas veces el Señor dijo que su vida le era dada por el Padre. Él es el Hijo engendrado eternamente. Todo lo que él vivió era para agrar- dar al Padre. No hay nada que aplas- te más al ego que esto – vivir para el otro. Que el Señor nos ayude a aprender esta gran lección. Que po- damos orar así: «Señor, ayúdame a vivir para mi hermano». Y cuando pensamos cómo el Señor hizo esto, él tuvo que entregar su vida, tuvo que recorrer el camino de la cruz y morir en la cruz. Solo el camino de la cruz puede humillar nuestro ego, para ayudarnos a morir y a vivir los unos para los otros.

Hasta morir juntos

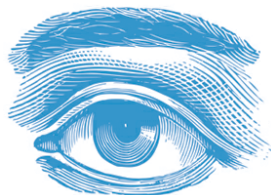
Recordemos la iglesia primitiva. Ellos tenían impedimentos para reunirse. Si lo hacían, arriesgaban ser perse- guidos y aun muertos. Pero, a pesar de las persecuciones, ellos nunca de- jaron de reunirse, prefiriendo morir juntos, antes que vivir separados.

Al estudiar la historia de las perse- cuciones en la iglesia primitiva, mu- chas de ellas tenían que ver con las reuniones. ¡Qué gozo tenían ellos de reunirse! Aun delante de la muerte, estaban allí, partiendo el pan, oran- do y cantando juntos, aunque ello podría costarles la vida. Y hoy, con la libertad que tenemos de reunir- nos, de abrazar a los hermanos en todo tiempo, le hemos dado lugar a la indiferencia y a las divisiones.

Que el Señor haga una gran obra en su iglesia en este tiempo, porque hoy él está, con mano fuerte, reivin- dicando a su iglesia de una manera especial. Tal vez nosotros seamos la última generación. No obstante, si no fuese así, que podamos dejar un gran ejemplo a nuestros hijos, para que ellos prosigan esta comunión, en este gran tabernáculo, hasta que el Señor Jesús venga a llevarnos. Que esta palabra tenga un lugar muy especial en nuestros corazones.

Mensaje oral impartido en Rucacura (Chile),
en enero de 2016.

Pedro nos revela el templo de Dios; Juan, la familia de Dios, y Pablo, el cuerpo de Cristo.



La construcción de la visión

Marcelo Díaz



Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos".

— Mar. 9:2.

El Señor Jesús tomó a tres discípulos, para mostrarles algo más allá que al resto de ellos. Esto es muy interesante, porque poco antes, él ya revela algo: *«Después subió al monte, y llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él»* (Mar. 3:13). Llamó a los que él quiso, en su potestad, en su voluntad. Él decidió escoger a éstos. *«Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar»* (3:14).

La visión en el monte

De las multitudes, Jesús escogió solo a doce, para que estuviesen con él tres años y medio, viviendo, recorriendo aldeas y predicando.

Y entonces, de aquellos doce, tomó a tres. *«Y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos»* (Mar. 9:2). Los demás quedaron abajo. Hay una intención de tocar el corazón de estos tres hombres.

«Y se transfiguró delante de ellos. Y sus vestidos se volvieron resplandecientes como la nieve, tanto que ningún lavador en la tierra los puede hacer tan blancos. Y les apareció Elías con Moisés, que hablaban con Jesús. Entonces Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es para nosotros que estemos aquí; y hagamos tres enramadas, una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías. Porque no sabía lo que hablaba, pues estaban espantados» (9:3-6).

Esto fue algo tan magnífico, que quedaron aterrados por la gloria que veían. Pedro, sin saber lo que decía, habló, pero de miedo. Está el Señor resplandeciente, Moisés y Elías. Una escena maravillosa. No sabían si era real lo que veían: el Hijo de Dios en todo su esplendor. Tal es la visión celestial, la gloria del Hijo.

«Entonces vino una nube que les hizo sombra, y desde la nube una voz que decía: Este es mi Hijo amado; a él oíd» (9:7). Es la voz de Dios, poderosa, fuerte, categórica, segura. *«Este es mi Hijo amado; a él oíd».* Como diciendo: Ya pasó Moisés, ya pasó la ley, ya pasaron los profetas. Ahora, hay uno que queda en pie: Cristo, el Hijo de Dios.

«Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas,

en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo» (Heb. 1:1-2). Dios hablando, revelando su gloria, como pequeñas gotas cayendo del cielo, pequeños riachuelos que iban transformándose en una gran fuente, en un gran río.

La Voz definitiva

Juan, en el capítulo 1 de Apocalipsis, habla de *«su voz como estruendo de muchas aguas».* Esta es la voz definitiva, porque todas las otras hablaban de él. Ahora Dios habla por última vez, de manera completa, en la voz del Hijo. Un autor dice: *«Dios habló en Cristo, y se quedó en silencio».* Porque en el Hijo habló todo lo que él tiene que hablar. Bendita visión – Cristo, el todo. *«Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas» (Rom. 11:36).*

Estos tres hombres quedaron impactados; no olvidaron nunca más aquello. *«Porque no os hemos dado a conocer el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo siguiendo fábulas artificiosas, sino como habiendo visto con nuestros propios ojos su majestad. Pues cuando él recibió de Dios Padre honra y gloria, le fue enviada desde la magnífica gloria una voz que decía: Este es mi Hijo amado, en el cual tengo complacencia. Y nosotros oímos esta voz enviada del cielo, cuando estábamos*

con él en el monte santo» (2ª Pedro 1:16-18).

Pedro registró este hecho, para que todo el mundo sepa que él fue testigo ocular de la transfiguración del Señor. Vio al Hijo glorificado. Pedro habla en plural. Y Juan lo hace de la misma manera, desde una pluralidad apostólica.

«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida ... lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros» (1ª Juan 1:1,3). «Y vimos su gloria» (Juan 1:14). De alguna manera, el apóstol está aludiendo a este hecho.

Ellos tuvieron no solo una visión espiritual o emocional, sino una visión real de lo que Dios quiere revelar a los hombres.

Después Pablo, refiriéndose al propósito de los ministerios, dice: *«hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo»*. Lo que vieron Juan, Santiago y Pedro es lo que Pablo narra en el libro de los Hechos.

Toda la iglesia ha de llegar a esa medida del varón perfecto, Cristo

Jesús. Este es el propósito de Dios para con la iglesia, el cuerpo de Cristo, la familia de Dios y casa de Dios: que Cristo sea todo en todos. Estos tres varones recibieron un impacto, y luego el Espíritu Santo comenzó a configurar internamente qué significaría eso en función del don y del trabajo en la iglesia de Jesucristo.

Sabemos que Pedro es quien recibe las llaves del reino y abre la proclamación del Cristo resucitado. Ellos enseñaban, no «acerca de Jesucristo», sino «a Jesucristo». Predicaban una persona real, a aquel que vieron glorificado. Jacobo prosigue, y Juan es el último que aparece en escena, en la restauración de la iglesia, y los tres están vinculados a esta visión.

Estos tres discípulos tenían una vinculación con el desarrollo de la iglesia y de la visión celestial, posteriormente, en el libro de Hechos. El Señor trabajó con ellos, y por eso estuvo solo con ellos tres en varias ocasiones. Los apegó a sí. Dios tuvo un propósito con ellos en cada experiencia que tenía que ver con la iglesia después de Su partida.

La visión de Pedro

Según narra Hechos capítulo 10, Pedro tuvo una segunda visión, y ésta sí es una visión espiritual, un éxtasis. Él subió a orar a la azotea, y

estando allí tuvo gran hambre. Entonces *«le sobrevino un éxtasis; y vio el cielo abierto, y que descendía algo semejante a un gran lienzo, que atado de las cuatro puntas era bajado a la tierra; en el cual había de todos los cuadrúpedos terrestres y reptiles y aves del cielo»* (10:10-12).

casa, un templo, un solo lugar donde todos participan. Ese templo es la morada del Espíritu Santo.

Pedro recibe la revelación celestial de la iglesia como la casa de Dios. Y escribe en 1ª Pedro con este énfasis respecto a lo celestial: *«Mas vo-*

Todo lo que hemos hablado de la visión celestial no son más que balbuceos, pequeñas impresiones.

Pedro era un buen judío, que conocía el Antiguo Testamento y había guardado muy bien la ley. Apareció aquel lienzo con animales que los judíos no podían comer. *«Y le vino una voz: Levántate, Pedro, mata y come. Entonces Pedro dijo: Señor, no; porque ninguna cosa común o inmunda he comido jamás. Volvió la voz a él la segunda vez: Lo que Dios limpió, no lo llares tú común. Esto se hizo tres veces; y aquel lienzo volvió a ser recogido en el cielo»*.

Termina la visión, golpean la puerta, y aparecen tres hombres, enviados por Cornelio, un gentil. Entonces Pedro entendió que en la casa de Dios entran todos, y se acordó de la transfiguración del Señor. Y recordó cuando el Señor le dijo: *«Tú serás llamado Pedro»*. Y se configuró algo dentro de él: la iglesia como una

sotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable; vosotros que en otro tiempo no erais pueblo, pero que ahora sois pueblo de Dios; que en otro tiempo no habíais alcanzado misericordia, pero ahora habéis alcanzado misericordia» (1ª Ped. 2:9-10).

Este versículo es para nosotros. *«Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, mas para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo»* (2:4-5).

Pedro vio la iglesia como un templo que permanentemente tiene sacrificios espirituales a Dios, con un sacerdocio activo, con piedras vivas que van ubicándose una junto a la otra, para morada de Dios en el Espíritu. Y eso es lo que se inició allí en el monte santo, en el principio, junto a Jacobo y Juan.

La visión de Juan

Juan dice: «*Lo que era desde el principio*» (1ª Juan 1:1). Siendo el más joven, él tenía mucha intimidad con el Señor. Desde el monte de la transfiguración, Juan llegó a ver que la iglesia es una familia, donde las personas viven la comunión que tuvieron el Padre y el Hijo en la eternidad. Es la visión de la iglesia como una familia; de modo que cuando nos juntamos, lo que vivimos es lo mismo que vive el Padre y el Hijo, unidos por el Espíritu Santo.

Por eso Juan dice: «*Estas cosas os escribimos, para que vuestro gozo sea cumplido*» (1ª Juan 1:4). Se completa el gozo cuando tenemos comunión con los hermanos. En la segunda carta, Juan dice: «*Tengo muchas cosas que escribiros, pero no he querido hacerlo por medio de papel y tinta, pues espero ir a vosotros y hablar cara a cara, para que nuestro gozo sea cumplido*» (v. 12). Y reitera esto en su tercera carta, porque,

estando cara a cara, se produce una comunión espiritual que no es reproducible en otra instancia.

La vida que envuelve a la Trinidad se establece en el seno de la iglesia, y eso se llama la familia de Dios. Por eso Juan es tan dulce y habla con tanto cariño, porque es una comunidad viviente de amor. De allí se desprende el concepto de familia de Dios.

Juan dice a los hermanos. «*Os escribo a vosotros, hijitos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre*» (2:12). A los que están empezando, a los pequeñitos, que están luchando con las tentaciones. «*Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que es desde el principio*» (2:13), lo eterno, lo trascendente, lo que no cambiará. «*Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno*». Los que están al fragor de la batalla, y están saliendo adelante. «*Os escribo a vosotros, hijitos, porque habéis conocido al Padre*».

«*Os he escrito a vosotros, jóvenes, porque sois fuertes, y la palabra de Dios permanece en vosotros, y habéis vencido al maligno*» (2:14), en la comunión, en la casa de Dios, en la familia, asociándose con los humildes, donde cada uno guarda y cuida a su hermano. Allí, resguarda-

dos, cuidados por el Señor. Es la iglesia, la familia de Dios.

«Mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios; por esto el mundo no nos conoce, porque no le conoció a él. Amados, ahora somos hijos de Dios, y aún no se ha manifestado lo que hemos de ser; pero sabemos que cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es» (1ª Juan 3:1-2).

Como hijos de Dios, toda la gracia del Señor está a nuestro favor; pero esto no es todo, porque cuando él se manifieste seremos semejantes a él.

Muchos pasajes de Juan revelan el concepto de ser hijos de Dios. *«Mas a todos los que le recibieron ... les dio potestad de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios» (Juan 1:12-13).* Somos hijos de Dios, y esto es una revelación del Espíritu Santo; no un concepto. Así como uno entiende que es una piedra tallada por el Señor, también es un hijo de Dios en su casa.

El rol de Jacobo

El tercer personaje es Jacobo, el hermano mayor de Juan. Parece que estos dos varones, hijos de Zebedeo,

eran de una familia destacada. Aparentemente, Zebedeo tenía una empresa pesquera. Recuerden que, cuando el Señor es apresado y llevado a los atrios del templo, Pedro pudo entrar, porque Juan era conocido del sumo sacerdote.

Los hijos de Zebedeo eran personas importantes. Ellos eran fieros. En una oportunidad, cuando los samaritanos no quisieron recibir a Jesús, los dos hermanos le propusieron hacer descender fuego del cielo para destruir a aquéllos. El mismo Señor les puso el sobrenombre de *«hijos del trueno»*. Tronadores, radicales, fuertes. ¿Y cómo termina Juan? *«Hijos míos...»*. Esto solo lo hace el Señor.

Jacobo tomó un protagonismo importante en los primeros años de la iglesia. Probablemente el Señor se fijó en él para que estableciera orgánicamente la iglesia, y de alguna manera la coordinara y la agrupara.

Pedro inicia la predicación. Jacobo estuvo allí como uno que coordinaba, agrupaba y traía seguridad a la iglesia. Hechos capítulo 12 dice que, cuando el poder religioso y político quiso atacar a la iglesia, apresó a las cabezas, que eran en ese momento Jacobo y Pedro. Y Satanás mató a Jacobo, y encarceló a Pedro.

Los poderosos pensaron que cortando a estos varones, se terminaría todo. Pero lo que no sabe Satanás es que la iglesia tiene solo una cabeza, y esa Cabeza se enfrentó con él y le venció. Entonces, aunque aparentemente el plan del Señor se desbarataba, no fue así, porque el Señor, en su omnisciencia y en su sabiduría, preparó a otro siervo que reemplazaría a Jacobo. Y en el capítulo 13 aparece en escena Pablo.

Entonces, queda Pedro, que abre las puertas del reino e inicia la obra; Pablo, que edifica la iglesia para hacerla crecer, y al final Juan, que vela por la restauración de la iglesia.

La visión de Pablo

¿Qué hace Pablo en lo tocante a la visión celestial? Él no participó de la visión en el monte, ni estuvo con Jesús. Entonces, el Señor se le aparece a él. Pablo tenía un carácter tremendo, similar a los otros. Y cuando Saulo perseguía a los discípulos, *«respirando aún amenazas y muerte»*, se le aparece el Señor en el camino a Damasco.

Pablo ve al Señor, tal vez como lo vieron los discípulos en el monte, sublime, resplandeciente, glorioso. *«Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?»* (Hech. 9:4). Pablo vinculó, entonces, esta imagen de Aquel que se le presentó, con la iglesia, a la cual

él perseguía. Entonces dijo: *«La iglesia es un cuerpo»*.

Cuando Pablo empezó a predicar, se asoció con otros hermanos, entre ellos, con Lucas, un médico. Mientras viajaban, tal vez Lucas le explicaba cómo funciona el cuerpo humano. Entonces, el apóstol comenzó a relacionar la iglesia con el cuerpo. Se acordó de la visión que tuvo en su encuentro con el Señor, y dijo: *«Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo»* (Ef. 5:23).

Pablo ve que la iglesia está compuesta por muchos miembros. Somos una pequeña parte en un todo, y el todo es Cristo. El Espíritu Santo mora en cada uno de nosotros. Cada miembro depende de los otros, necesita dar, necesita nutrirse, necesita enlazarse a los huesos y los músculos, para que la vida pase a todos.

No podemos vivir aislados. La iglesia es un cuerpo; si sales de la comunión, te mueres, porque ella es mutualidad, interdependencia.

Entonces tenemos tres visiones. Pedro, el templo de Dios; Juan, la familia de Dios, y Pablo, el cuerpo de Cristo.

Esto es revelación, cuando vamos entendiendo que el nuevo hombre es Cristo, que somos una nueva creación. Entonces la vida cambia. Hay una manera distinta de vivir la vida

cristiana. Así se completa la visión celestial.

Más que un concepto racional

¡Oh, si el Señor abriese nuestros ojos, como oraba Pablo, para recibir espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de Cristo! Pablo está hablando de entender en el Espíritu. Esta no es una materia de la cual podamos decir: «Ya lo sabemos». Todo lo que hemos hablado de la visión celestial no son más que balbuceos, pequeñas impresiones. La visión no es un concepto racional, sino algo mucho más profundo.

Cuando hacemos un llamado a permanecer en la visión celestial, es a seguir profundizando en conocerla. En los primeros capítulos de la carta a los efesios están estos tres aspectos claramente revelados: la iglesia como templo, como cuerpo y como familia de Dios. Esto permite el desarrollo de la vida cristiana. De esto nos sostenemos todos nosotros. No sirve de nada entenderlo solo como concepto. Esto es una revelación.

Pablo dice que fue llevado al tercer cielo, y oyó cosas inefables: «Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman» (1ª Cor. 2:9), disponibles hoy para todo aquel que quiere inquirir en la visión celestial, cono-

cer y llenar el corazón... y quedar preso.

Cuando alguien bebe de esta fuente, el corazón ya no puede hablar otra cosa. «Yo, pues, preso en el Señor» (Ef. 4:1). Jeremías dice: «No me acordaré más de él, ni hablaré más en su nombre; no obstante, había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude» (Jer. 20:9). «¿Qué puedo hacer? Soy definitivamente preso. No puedo huir, porque esto es más fuerte que yo». Esto es la visión celestial.

La humanidad del Señor

La visión sería incompleta sin considerar una segunda parte. «Vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entre tanto que yo oro. Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad. Yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que si fuese posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba, Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú» (Mar. 14:32-36).

Jesús tomó a aquellos hombres delante de los cuales se había transfi-

gurado, revelando su gloria y su poder, y los preparó también en la humillación. Ahora les muestra su humanidad, su debilidad; comienza a angustiarse, a entristecerse. Los psiquiatras dicen que Jesús vivió allí crisis de pánico; pensamientos de muerte se apoderaron de su alma: «*Fuertes toros de Basán me han cercado ... perros me han rodeado*», en la debilidad máxima del hombre.

Estos tres hombres no podían entender. Habiendo visto la gloria del Señor, ahora lo ven tan debilitado. Él les abrió Su corazón. Necesitaba a sus amigos, porque él era humano. Sentía la soledad y la muerte a su alrededor. Sabía que se iba a separar del Padre, por causa de llevar la expiación del pecado de todos.

Un precio a pagar

La visión celestial se completa también con esto. Nosotros somos hombres débiles, vasos de barro, en quienes Dios quiso depositar su gloria. Ver la visión celestial significa padecer por ella. Pedro, en sus cartas, hace un llamado a padecer por Cristo.

Cuando Juan y Jacobo se acercan buscando un primer lugar, Jesús les dice: «*¿Podéis beber del vaso que yo he de beber, y ser bautizados con el bautismo con que yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. Él les*

dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado, seréis bautizados» (Mat. 20:22-23), señalándoles que todo aquel que ve la visión celestial padecerá por ella.

Jacobo murió por Cristo, y Juan fue desterrado, por Cristo. Jesús dijo a Pedro: «*De cierto, de cierto te digo: Cuando eras más joven, te ceñías, e ibas a donde querías; mas cuando ya seas viejo, extenderás tus manos, y te ceñirá otro, y te llevará a donde no quieras. Esto dijo, dando a entender con qué muerte había de glorificar a Dios*» (Juan 21:18-19). Cuenta la tradición que, cuando Pedro enfrentó la muerte, no quiso morir como su Señor, y fue crucificado con la cabeza hacia abajo. Así fue, por causa de la visión celestial.

Tal vez nosotros no muramos como los mártires del pasado o como muchos mueren hoy por causa del Señor; pero siempre hay un precio a pagar. Cuando otro te toma y te lleva a hacer lo que tú no quisieras, te resistes; pero, si amas al Señor, y amas la visión celestial, extiende tus manos, y déjate conducir. Si has visto la visión celestial, te dejarás ser edificado y conducido por el Señor, como cada uno de estos santos hombres de Dios. Amén.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2016.

Cuando la visión nos atrapa, nada puede quitar o destruir aquello que el Señor formó en nuestros corazones.

Cautivos de la visión celestial



Gonzalo Sepúlveda



Aun antes que hubiera día, yo era; y no hay quien de mi mano libre. Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?"

— Isaías 43:13.

Esta palabra fue escrita hace siglos. La frase «Yo era» no es de Isaías. Él, como verdadero profeta, está hablando en el nombre del Señor. En realidad, es Dios quien habla. Podemos preguntarnos: ¿Tendrá vigencia hoy esta palabra tan antigua? Ella es tan vigente hoy como el día en que fue pronunciada. Dios está hablando de sí mismo.

Eternidad

«Aun antes que hubiera día, yo era». Es natural que amanezca cada día. Todos los días amanece y oscurece. Y luego, estamos seguros que vendrá un nuevo amanecer. Pero el Señor dice que hubo un tiempo en que no había día, en que nada existía.

Esto nos habla de la eternidad del Señor. Por los siglos de los siglos; antes de todas las cosas, él ya era. Nosotros somos parte de lo temporal,

de lo que nace y muere. Los profetas, en este sentido, son como una puerta entre lo terrenal y lo celestial.

Isaías, un hombre pecador, como nosotros, vio la gloria de Dios, y dijo: «*¡Ay de mí!*». Este no es el «*¡Ay!*» de alguien que se hiere accidentalmente. No. Es el grito de angustia del que está a punto de morir. «*¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos*» (Is. 6:5).

Una puerta

Isaías tuvo este privilegio. «*Vi yo al Señor sentado sobre un trono alto y sublime*» (6:1).

El profeta tuvo contacto con la realidad celestial, aquello que no se ve. A él, viviendo en el medio visible y palpable, se le abre el cielo por un instante, y ve lo invisible, majestuoso y glorioso.

Nuestro Señor Jesucristo. Estando en la tierra, dijo: «*Padre, glorifícame tú al lado tuyo, con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese*» (Juan 17:5).

Era Jesucristo hombre, en la tierra, con un cuerpo semejante al nuestro. Lo terrenal y lo celestial unido en su Persona. Y él era la puerta.

Necesitamos una puerta entre este mundo y el otro, una vía de comunicación entre lo terrenal y lo celestial. Hoy estamos en un lugar físico, con un cuerpo físico. Pero hablamos de algo que no es físico; hablamos de una visión que es celestial. Somos bienaventurados por ello.

Tratando con el hombre

«*Y no hay quien de mi mano libre*». Esta frase nos habla de los tratos de Dios con los hombres.

En un sentido, la mano del Señor nos forma y nos protege. Pero, en otro sentido, ella aprieta firme. Recordemos sus tratos con Jacob, el usurpador. Él no pudo librarse. En cada etapa de su vida, aquella mano lo apretaba, hasta que el carácter divino fue formándose en él. Terminó cojeando, pero llegó a ser un notable sirvo de Dios. «*Porque no te dejaré hasta que haya hecho lo que te he dicho*» (Gén. 28:15).

En ese sentido, qué bendición es estar en las manos del Señor, porque ellas están modelando en nosotros la imagen de Cristo. Y él no nos dejará hasta haber hecho lo que está en su corazón.

Visión que cautiva

Pero hay algo más acerca de la mano del Señor, que queremos decir. Cuando el Señor nos muestra la rea-

lidad celestial, y su palabra toca nuestro corazón, entonces el entendimiento se abre, y quedamos cautivos de esta visión.

Después de aquella visión, Isaías cambió su lenguaje, y quedó cautivo el resto de su vida. No pudo hacer otra cosa que obedecer el llamado del Señor, de vivir por esa visión. Él no se imaginó el trono de Dios; lo vio. Vio una realidad celestial, y quedó cautivo de ella.

Tal fue también la experiencia a los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo, ellos declararon ante quienes les juzgaban: *«Porque no podemos dejar de decir lo que hemos visto y oído»* (Hech. 4:20). No hay quien pueda librarnos de aquello que hemos visto.

Ese era su lenguaje. *«Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y palpamos nuestras manos tocante al Verbo de vida (porque la vida fue manifestada, y la hemos visto...)»* (1ª Juan 1:1-2).

Ellos quedaron cautivos de la visión, y no les importó morir por ella. Cuando la visión nos atrapa, nada puede quitar o destruir aquello que el Señor formó en nuestros corazones. Pablo, cautivo de esta visión, fue gobernado por ella. *«Porque me*

es impuesta necesidad; y ¡ay de mí, si no anunciare el evangelio!» (1ª Cor. 9:16).

No es porque yo quiera; no puedo callarlo, no tengo otra razón de vivir. Al despedirse en Mileto, él dice: *«No estimo preciosa mi vida para mí mismo, con tal que acabe mi carrera con gozo, y el ministerio que recibí del Señor Jesús, para dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios»* (Hech. 20:24).

"Traté de sufrirlo, y no pude"

Así llegamos a conocer a estos siervos. Mencionemos también a Jeremías, en un tiempo de crisis, cuando tuvo conflictos por causa de la Palabra. Cada vez que él hablaba de Dios, recibía solo burlas. Jeremías intentó dejar eso; pero cuando quiso callar, exclamó: *«había en mi corazón como un fuego ardiente metido en mis huesos; traté de sufrirlo, y no pude»* (Jer. 20:9). No pudo, porque esa es la obra del Señor.

Cuando la visión celestial nos cautiva, nada nos apartará del camino. Tenemos una sola meta. Todo lo demás será secundario, hasta alcanzar aquello para lo cual fuimos asidos.

Cuando Dios obra

«Lo que hago yo, ¿quién lo estorbará?». Aquí llegamos directamente al tema que hoy nos inspira: la visión

celestial. «*Por lo cual, oh rey Agripa, no fui rebelde a la visión celestial*» (Hech. 26:19).

Aquí nos habla un hombre a quien el Señor mismo se le apareció en el camino a Damasco. Saulo no era un hombre común, él era naturalmente aventajado, sobrepasaba a todos los demás de su generación, conocido por su celo. Dios escogió a un hombre que no pasaría inadvertido entre los judíos. Saulo perseguía a los discípulos, con el apoyo de gente que tenía autoridad.

Pero, desde ese instante, todo cambió. Así es cuando Dios se revela. «*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?*». ¡Qué visión! A partir de ahora, Saulo comienza a asimilar que todo cuanto Pedro había predicado

Cristo y la iglesia

Aquel mismo Cristo exaltado habla ahora a Saulo. No estaba muerto, ¡estaba vivo! Y más aun, tocar a uno de los pequeños que invocaban el nombre de Jesús, era tocarlo a él. Saulo vio al Mesías anunciado por los profetas. Todo estaba cumplido en Jesucristo hombre. Saulo toma conciencia de lo que es la iglesia, viviendo ahora esa conexión entre lo invisible y lo visible. Él perseguía a los cristianos visibles; pero ellos estaban unidos a alguien que no se ve.

La visión celestial no fue una construcción mental, ni una deducción producto de un estado de éxtasis emocional. Él vio una realidad. Y Dios quiere que nosotros también la

Un hombre con visión celestial no teme a la vida ni a la muerte; él sabe perfectamente hacia dónde va.

en el día de Pentecostés, o cuando sanó al cojo en la puerta del templo, ¡todo era verdad! Que lo que aquel hombre, Esteban, antes de ser apedreado, habló del Señor, concluyendo: «*Veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios*» (Hech. 7:56), todo era realidad.

veamos, que veamos al Cristo glorioso y unida a él, veamos también la iglesia, que está destinada a compartir la gloria del Señor por los siglos de los siglos.

Si, por la gracia del Señor, hemos visto al Cristo glorioso, correremos en pos de él. El Señor es digno de que le rindamos nuestro corazón. Es glo-

rioso tener visión celestial, poder ver la palabra del Señor, poder ver a Cristo, y también la iglesia como él la ve.

El perseguidor cautivo

Desde aquel día, Saulo el perseguidor quedó cautivo por el resto de su vida, y no le importó morir. La muerte sería para él un simple traslado de la realidad terrena a la realidad eterna. «Partir y estar con Cristo ... es muchísimo mejor» (Flp. 1:23). Un hombre con visión celestial no teme a la vida ni a la muerte; él sabe perfectamente hacia dónde va.

¿Qué es lo que nos motiva? ¿Son asuntos terrenales, como una buena profesión o un buen matrimonio? Todo lo bueno y legítimo, aún es muy poco como para sufrir por ello. Es lo mismo que el mundo busca. Pero somos bienaventurados si, aquello que el Señor hizo con Saulo de Tarso, lo hace también con nosotros, y en un momento nuestros ojos espirituales se abren, nuestro entendimiento se ilumina, y aquella visión celestial viene a ser la inspiración por la cual viviremos el resto de nuestra vida terrenal.

Finalmente, por la misericordia del Señor, tú y yo somos poseedores de este mismo tesoro. Somos privilegiados. Hemos de permanecer en la visión celestial. Que la nueva gene-

ración se empape también de esto; que la visión también les atrape. Esta enseñanza es para atesorarla. Que el Espíritu del Señor nos socorra a todos.

Tres veces relatada

El hermano Stephen Kaung dice que cuando Dios habla una vez, usted podría dudar. Porque tal vez ese día, usted no estaba de buen ánimo, y la palabra no fue bien recibida. Sin embargo, si Dios habla dos veces, ya es algo más serio, porque significa que nos está llamando la atención por segunda vez. Pero, cuando Dios nos habla por tercera vez, entonces, significa él quiere que, aquello que él ha hablado, sea parte nuestra.

En Hechos, la visión celestial de Pablo es relatada tres veces. La primera vez es narrada por Lucas, y éste da detalles de Cristo y la iglesia que no se dan en los otros dos pasajes (9:1-19). La segunda vez es cuando Pablo se defiende, y a la vez acusa a los judíos, ellos terminan aborreciéndole aun más (22:1-22).

Y la tercera vez es a los gentiles, al rey Agripa. Aquella fue una reunión con mucha pompa. Era una audiencia con hombres principales de la ciudad, por mandato de Festo. No fue un encuentro casual con el rey Agripa. En el contexto de Hechos capítulos 25 y 26, vemos al imperio

romano, es decir, a los gentiles todos representados allí. ¡Cuánto nos interesa todo esto!

Dos partes

Lucas relata lo que pasó con Ananías, cómo éste oró, y cómo el Señor respondió – porque el Señor responde a la iglesia. «*Señor, he oído de muchos acerca de este hombre, cuántos males ha hecho a tus santos*» (Hech. 9:13). El Señor respondió: «*Ve, porque instrumento escogido me es éste*» (9:15). Y la iglesia, representada por Ananías, obedece al Señor. Y cuando llega donde Saulo, le dice: «*Hermano Saulo*». Le impone las manos, y Saulo recibe el Espíritu Santo, no en el camino de Damasco, sino en la ciudad de Damasco, cuando toma contacto allí con la iglesia local.

Esta es la visión celestial, con dos partes: una visión gloriosa de la persona del Señor, y otra parte de la visión, muy práctica. La visión celestial se completa en la ciudad de Damasco cuando Saulo se encuentra con Ananías y toma contacto con la iglesia, y se queda compartiendo con los discípulos que habían recibido también al Señor.

Esta es la obra de Dios. «*Lo que yo hago*». Dios está revelando a su Hijo a quienes somos el pueblo del Señor, la casa donde él habita, la fami-

lia de Dios, donde prevalece el amor de hermanos. El cuerpo de Cristo, donde él es la cabeza y nosotros miembros suyos y miembros los unos de los otros, una unidad vital, Cristo mismo, su vida en nosotros.

Enviado al mundo

En el último relato, Pablo agrega algo que no había dicho antes. El Señor le dijo: «*Para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío*» (Hech. 26:16-17). Este alumno aventajado, este opositor fervoroso que respiraba amenazas, ahora es enviado para ser luz a los gentiles, es enviado al mundo con una antorcha encendida, con un mensaje vigoroso, para salvación de los hombres.

Pero, ¿esa encomienda fue solo para Saulo de Tarso? No. Este llamamiento ha sido percibido por siervos y siervas, de generación en generación. Y partiendo desde Jerusalén, la Palabra traspasó fronteras, traspasó culturas, y por milagro del Señor, nada ni nadie ha podido apagar el fuego del evangelio hasta ahora.

El Señor seguirá soplando y avivando este fuego hasta el fin, hasta el día en que la gracia se cierre, y él vuelva con poder y gloria, porque

«todo ojo le verá» (Ap. 1:7). El evangelio tiene que seguir siendo predicado. El testimonio de la visión celestial no puede detenerse aquí.

Un fuego que consume

Hoy día, el mundo quiere cautivar a nuestros jóvenes con su tecnología y su entretención, desgastando sus mentes para que no fijen su vista en el Señor. Satanás lanza toda suerte de tentaciones para atraparles. El enemigo debe ser vencido.

Algo más que lo visible tiene que atrapar nuestro corazón. Esta es la obra de Dios. Que seamos poseedores de este fuego que arde por dentro, y vayamos por este mundo permaneciendo en la visión celestial, caminando con el Cristo glorioso que es cabeza y fundamento de la iglesia que conocemos. Porque en cada abrazo fraternal, en la comunión unos con otros, vemos el cuerpo de Cristo siendo formado; vemos una iglesia que tiene promesa, porque acerca de su obra, el Señor dijo: «So-

bre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella» (Mat. 16:18).

Usted es parte de esta iglesia, usted es una piedra viva de esta casa, usted es un miembro de este cuerpo de Cristo, usted es hijo de esta familia celestial, usted es parte de este pueblo que milita para la gloria del Señor, de un pueblo que se santifica esperando al Señor que viene.

¡Qué preciosa es la visión celestial! Dejémosnos atrapar por ella, porque quien nos está hablando es Aquel que, antes que hubiese día, él ya era. Nos habla Aquel de cuya mano nadie libra. Su mano de alfarero nos está formando. Es una mano que, con propósito, trata tu carácter y el mío, para que seamos menos yo, y más Cristo, y cuya obra no puede ser estorbada.

Que el Espíritu Santo siga hablando a nuestros corazones.

Síntesis de un mensaje oral impartido en Rucacura (Chile), en enero de 2016.

Confianza en Dios

Si era razonable que Job confiara en el Dios cuya sabiduría y poder habían sido revelados en la creación, ¿cuánto más razonable es para nosotros confiar en ese Dios, cuyo amor y justicia se revelaron en la cruz? Desde que Dios demostró su amor santo en ese acontecimiento histórico (la cruz), ningún otro suceso histórico (personal o global) puede superarlo ni rebatirlo.

John Stott, *Toda la Biblia en un Año*

El mensajero y su mensaje son una sola cosa; el mensaje está en la constitución del hombre y su historia bajo la mano de Dios.

El hombre en el mensaje

T. Austin-Sparks

Un instrumento escogido

Esto no pretende ser una «vida del apóstol Pablo», pero tiene algo que ver con el significado particular de este siervo de Jesucristo. Si bien en su caso existen factores vitales y esenciales que son comunes a todo siervo de Cristo, y que son básicos para todo ministerio fructífero (como mencionaremos más adelante), todo lo relativo a Pablo indica que él era en verdad un «*instrumento escogido*», conocido de antemano, predeterminado y elegido.

Esto era particularmente cierto en la naturaleza del ministerio para el cual él fue «*asido*». La naturaleza misma del ministerio –en medida– puede ser el «llamamiento» de los demás, pero Pablo fue el pionero. Todos los apóstoles permanecieron en el terreno común que se refiere a los fundamentos de la fe: la persona de Cristo, la obra de Cristo, la redención, la justificación, la santificación, la comisión para predicar la salvación en Cristo a todo el mundo, la segunda venida del Salvador, etc.

Ellos tenían el mismo fundamento. Cada uno pudo tener «*la gracia conforme a la medida del*

don de Cristo»; es decir, según su don personal, ya sea apóstol, profeta, evangelista, pastor o maestro, cada uno tenía «*la gracia*» —unción, capacitación— correspondiente a su responsabilidad, pero en los «fundamentos», es decir, en todo lo esencial, ellos coincidían y estaban unánimes. En lo que podamos decir distintivo de Pablo, ni por un momento podemos siquiera quitar algún pequeño fragmento del gran ministerio de Juan, de Pedro, de Jacobo o de otros.

Nunca el Nuevo Testamento podría sufrir la pérdida de esos ministerios, y en otros lugares nos hemos gloriado en ellos. Cuando todo se ha dicho respecto al valor de ellos —y éste sería un inmenso «todo»— aún podemos afirmar que había, y hay, algo que es único y particular en lo que vino a través de Pablo.

Antes de proseguir, diremos algo muy importante. Pablo nunca habría podido comprender su vida antes de la conversión, hasta que vino a estar bajo la mano de Jesucristo. Esa vocación a la cual había sido llamado cuando Jesús se convirtió en su Señor, arroja mucha luz sobre la soberanía de Dios en su historia pasada. Este es un principio que ayudará a muchas personas y siervos de Dios, el cual muestra cuán enormemente importante es que Jesús sea no solo el Salvador, sino el Señor.

Bajo la mano del Señor

El nacimiento judío de Pablo, su crianza, su formación, educación y profundo arraigo en aquello de lo cual sería librado por el poder de Dios, algo que demostraría no ser lo que Dios necesita, es en sí mismo de un gran valor educativo. Por qué Dios, en su presencia, pondría a un hombre profundamente en algo que en última instancia no representa Su pensamiento, es un hecho a destacar.

Muchos sostienen esto, porque desean saber si, por el hecho de que Dios los puso en cierto camino, trabajo, forma, asociación, tienen que permanecer allí para siempre, lo quieran o no. La historia de Pablo refuta ese argumento. Los caminos de Dios, en el caso de Pablo, muestran que Dios puede hacer tal cosa, y que toda Su soberanía realmente puede estar en el hecho, pero solo para un propósito determinado, un fin temporal; es decir, para dar un conocimiento profundo y exhaustivo a través de aquello que realmente, en el mejor de los casos, es una limitación al propósito pleno de Dios.

Un siervo de Dios eficiente debe tener un conocimiento personal de aquello de lo cual el pueblo requiere ser liberado. Abraham debe conocer Caldea; Moisés debe conocer Egipto; David debe conocer la falsedad del reinado de Saúl. Así, Pablo debe co-

nocer el judaísmo proscrito, a fin de poder hablar de él con autoridad, la autoridad de la experiencia personal. Si nosotros fuésemos salmistas, deberíamos poner un «Selah» allí. «¡Piensa en esto!».

Sin embargo, debemos subrayar dos aspectos de este principio. Nos estamos refiriendo a aquello que estaba, sin duda, dentro de la obra divina, «conforme al propósito del que hace todas las cosas según el designio de su voluntad» (Ef. 1:11), y «conforme a su propósito» (Rom.8:28). En su conversión, Pablo no estaba cambiando a su Dios; Jehová era su Dios para siempre. El cambio ocurrió en el método de Dios. Todavía era Dios obrando. Decimos esto porque nadie puede decir que, porque nació y se crió de esta o de aquella manera, la intención de la «Providencia» (es decir, Dios) era que ésta fuese su condición para siempre.

Debemos ser como somos y permanecer donde estamos por la voluntad soberana de Dios, sabiendo que cualquier cambio importante igualmente es definitivamente de Dios, y la única alternativa a librarnos de ella es por medio de una abierta desobediencia a la voluntad de Dios que se nos ha presentado, un desviarse del camino. Sin duda habrá demandas en nuestro caminar de fe con Dios, porque el elemento de aparente contradicción puede estar presente.

No sabemos qué batallas mentales y del alma tuvo Pablo. No se registra que, ante la inmensa revolución, él razonara con el Señor: «Bien, Señor, por tu propia soberanía yo nací judío, y esto con más que términos generales: del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos, fariseo. Y ahora, Señor, me estás exigiendo tomar un curso que niega y contradice todo aquello. No es propio de ti, Señor, contradecirte a ti mismo; esto parece tan inconsistente. Es como si yo no hubiese sido temeroso de ti, y no hubiese creído en ti».

El equipamiento de un siervo

El cambio fue tan revolucionario que parecía haber dos caminos contrarios en Dios mismo. Aquí hubo una gran ocasión para asumir esta palabra: «*Fíate de Jehová de todo tu corazón, y no te apoyes en tu propia prudencia*» (Prov. 3:5).

Podríamos citar los casos de muchos siervos de Dios que fueron llevados a una crisis entre la razón y la fe cuando Dios estaba demandando una decisión que parecía contradecir toda su dirección anterior. Algunos de éstos han venido a ser grandemente reivindicados por la obediencia; otros han vivido para ser ejemplos de personas que perdieron el camino, o lo mejor de Dios.

Todo esto ha tenido que ver con la soberana preparación y equipamien-

to de un siervo Dios para que él conozca realmente por experiencia profunda aquello sobre lo cual está hablando y cuál es la diferencia. Esto es entonces, en resumen, lo que toca a su relacionamiento judío.

Pero Pablo fue elegido y destinado a ser el mensajero especial de Dios a

cho una historia espiritual que nunca habría sido reconocida en ambientes meramente naturales. El Señor tuvo gran cuidado en que Pablo nunca pudiera tomar ventajas naturales en el terreno de su verdadero éxito. Esto estuvo implicado o sugerido en las primeras palabras registradas del

Cuando Dios dice: "instrumento escogido",
él conoce todo sobre la arcilla de que
está hecho el vaso.

todas las naciones, no solo a una nación. Las naciones estaban principalmente bajo el dominio del gobierno romano y de la cultura y lengua griegas. De su padre, Pablo heredó la ciudadanía y la libertad romana, y por su nacimiento y su educación en Tarso, tuvo la lengua griega y una familiaridad de primera clase con la vida y la cultura griega.

Estas tres cosas —el judaísmo, la ciudadanía romana y la lengua griega— le permitieron desenvolverse con soltura prácticamente en todo el mundo. Sin embargo, sumado a toda esta calificación natural estaba aquello sin lo cual Pablo nunca habría sido el factor real que la historia atestigua - él fue ungido con el Espíritu Santo.

A menudo, la unción compensa la deficiencia natural en la educación y el nacimiento, y los hombres han he-

Señor acerca de él (a Ananías) después de su conversión: «Yo le mostraré cuánto le es necesario padecer por mi nombre» (Hech. 9:16).

La soberanía de Dios

La soberanía de Dios es multifacética y tiene muchas formas. Es solo cuando se cuenta la historia completa que vemos la verdadera explicación. Al principio y en el curso puede haber lugar para muchos «¿por qué?». Un Moisés y un Jeremías pueden empezar con aquello que están convencidos es una definitiva desventaja y contradicción, pero la historia justifica a Dios y al final es reivindicada Su sabiduría.

Cuando Dios dice: «instrumento escogido», él conoce todo sobre la arcilla de que está hecho el vaso. Como veremos, las dos cosas implícitas a las

cuales nos hemos referido se vuelven cada vez más evidentes. La primera es que el mensajero y su mensaje son una sola cosa; el mensaje está en la constitución del hombre y su historia bajo la mano de Dios.

Y la segunda es que el hombre es reconocido no solo por sus calificaciones naturales, sino primordialmente porque Dios lo ha ungido para su posición y su obra.

El fruto de la unción

Ningún hombre puede estar en ellas, sino en una posición totalmente falsa, a menos que lo que él mismo habla haya nacido de una experiencia real.

Por ejemplo, solo puede hablar de quebranto un hombre que ha sido quebrantado. Todo el ministerio de Pablo fue fruto de una historia continua con Dios en experiencias profundas y generalmente dolorosas de conflicto. Fueron «los despojos de la batalla».

Es absolutamente imperativo que sea evidente y manifiesto que cualquier posición, función y servicio de alguien en relación a Cristo sea fruto de la unción, para que la impresión y la conclusión de todos sea que tal hombre, sin duda alguna, ha sido ungido para esta obra.

La unción simplemente significa que Dios es muy evidente en la vida de

aquella persona, en lo que está haciendo y en la posición que ocupa.

Estar fuera de posición es estar sin la unción en este particular. Nosotros no podemos seleccionar, elegir o decidir nuestro lugar y función. Esto es algo orgánico, y así como es torpe para una pierna intentar hacer el trabajo de un brazo en el cuerpo humano, así siempre habrá algo errado cuando asumimos una labor o una posición para la cual la soberanía del Espíritu no nos ha escogido.

Con todas las adversidades y oposiciones, es muy útil saber que estamos donde estamos por designio divino y no por nuestra propia voluntad.

Es una buena cosa cuando sabemos cuál es y cuál no es nuestra función, y actuamos en consecuencia. Hay suficientes funciones en el cuerpo para que cada miembro, bajo la unción, tenga la suya muy definida, y la función se expresa tan naturalmente como un ojo ve, una oreja oye, una mano sujeta y así sucesivamente, si la cabeza (*la Cabeza*) está en control completo y correcto.

Entonces, Pablo tiene mucho que enseñarnos sobre este asunto, primero por su propia vida y luego por sus escritos.

A esta altura, somos traídos de vuelta al punto donde divergimos desde el mensaje al hombre, y ahora debemos considerar la diferenciación de

aquella función para la cual Pablo fue especialmente escogido y asido.

La vocación distintiva de Pablo

Que había una diferencia y peculiar importancia en el ministerio de Pablo, tiene una serie de fuertes evidencias y testimonios. Él mismo sabía de esta distinción y a menudo se refirió a ella, tanto en relación a su sustancia como a la forma en que recibió su ministerio. Esto se expresa en palabras como: *«la administración de la gracia de Dios que me fue dada para con vosotros ... que por revelación me fue declarado el misterio ... leyendo lo cual podéis entender cuál sea mi conocimiento en el misterio de Cristo ... A mí me fue dada esta gracia ... de aclarar a todos cuál sea la dispensación del misterio»* (Ef. 3:2-4, 8-9).

Aunque Pablo no dice que él solo tuvo el «misterio» revelado, él afirma que, como una mayordomía, un ministerio, le fue revelado en una forma claramente personal y directa desde el cielo. Él afirma haber sido divinamente asido para este ministerio específico. Lo que fue esa revelación será desarrollado a lo largo de lo que aún debemos escribir. Por el momento, nos ocupamos con el hecho de la vocación específica de Pablo.

No menos importantes entre las evidencias de esto, están la furia, las ofensas, el odio, la malicia y la cruel-

dad asesina del diablo y sus fuerzas enfocadas sin tregua sobre este hombre. Esto fue, sin duda, debido a la revelación que venía a través de él y no solo por su personalidad. Todo comenzó y se desató aun antes de que Pablo fuese el vaso llamado para ello.

Para ver y entender esto, tenemos que volver al hombre que había visto previamente aquello que le fue mostrado a Pablo. Nos referimos a Esteban, el primer mártir cristiano, y quedamos profundamente conmovidos cuando leemos el relato de su muerte. Pero cuán poco había entendido Esteban, y cuán ciegos hemos sido nosotros para percibir el real significado de su muerte – su martirio por medio de los hombres controlados por Satanás.

Esteban, el precursor de Pablo

Una consideración cuidadosa del discurso de Esteban ante el Sanedrín judío mostrará que él fue una especie de prólogo, una introducción al ministerio de Pablo. Si Esteban hubiese seguido con vida, sin duda, él y Pablo habrían formado una alianza poderosa en la administración del misterio.

Esto, por supuesto, supone que el Señor no previó que Esteban iba a morir, y que, en ese conocimiento previo, él no hubiese designado a Pablo como único administrador de

este ministerio en su plenitud. La soberanía divina rara vez se ha evidenciado más de lo que fue en el episodio en el cual Saulo presencia la muerte de Esteban, aunque como cómplice de ella.

A medida que avanzamos con Esteban en su discurso, siguiendo sus penamientos desde Abraham a través de Isaac, Jacob, los patriarcas, José, Israel, Moisés, Egipto, el éxodo, el Sinaí, el tabernáculo, el desierto, Josué, David, Salomón, el templo, los profetas, hasta Cristo, hay algo que domina la mente de Esteban, que es la clave de todo y que —más que cualquier otra cosa— explica, define y caracteriza a Pablo y su ministerio.

Dios no desiste de su propósito

Este algo es que Dios está siempre, desde la eternidad hasta la eternidad, avanzando a un objetivo supremo. A través de la caída del hombre, y de la obstrucción e intento de frustración humana y satánica, por medio de una gran variedad y multitud de formas, medios y personas, en todas las generaciones y edades, Dios siempre está prosiguiendo. Y sus instrumentos deseados y escogidos pueden incluso llegar a ser un estorbo más que una ayuda.

Las naciones, imperios y sistemas pueden oponerse y obstruir; las circunstancias parecen limitarlo, pero — en un tiempo determinado— vemos

que Dios no ha desistido, y todavía prosigue. Él mismo ha establecido un propósito y una meta y esa meta será alcanzada.

Aunque los judíos *«siempre resisten al Espíritu Santo»*, como dice Esteban; tanto peor para ellos. Esta es la tremenda conclusión de su discurso.

Dentro de esa inclusividad hay otros rasgos. El propósito de Dios es celestial, amplio, espiritual, eterno. Ni el tabernáculo, con toda su belleza interior y encarnación simbólica del pensamiento divino; ni el templo de Salomón con toda su magnificencia y gloria; ni Salomón mismo con su impresionante sabiduría y abrumadora riqueza —dice Esteban— puede remotamente ser comparado a aquello para lo cual Dios se está moviendo en relación a su Hijo.

Eso no es *«hecho de manos»*; no es de la tierra. Eso es la casa de Dios (Hech. 7:48-49). El Espíritu Santo — dice Esteban— se mueve más y más hacia este propósito supremo. Esteban, en una hora gloriosa, conoció la fuerza arrasadora de aquello con lo cual Pablo contendió toda su vida: la incorregible tendencia del pueblo de Dios a mundanalizar lo que es esencialmente celestial; de cristalizar las cosas espirituales en sistemas contruidos por el hombre; de tomar lo que es de Dios y convertirlo en algo terrenal, exclusivo y legal, bajo el control del hombre.

La oposición a la visión celestial

Esteban representa y es testigo de esta «*visión celestial*» (que se convirtió en frase de Pablo), la cual le atrajo el odio más violento y vicioso de los intereses religiosos, en lo que concierne a los sistemas, y el celo más feroz de Satanás, detrás de todo.

Quienquiera que toque las tradiciones religiosas y el orden establecido, descubrirá lo mismo que Esteban, una envidia resultante de la ceguera al amplio propósito de Dios. De alguna manera serás apedreado por el ostracismo, la exclusión, las puertas cerradas, la suspicacia y la incompreensión, evidentes en el caso de Pablo.

¿Hemos dicho lo suficiente acerca de Esteban, para justificar y establecer nuestra declaración de que él fue – por así decirlo– Pablo por adelanta-

do? Esteban mismo es un ejemplo del mover de Dios a pesar del infierno y de los hombres, así como Pablo lo fue en plenitud cuando los hombres mataron a Esteban. Miramos hacia atrás, a nuestra declaración inicial que una mayor evidencia del ministerio específico para el cual Pablo fue elegido es la vehemencia del antagonismo satánico.

Todo lo que hemos dicho, y mucho más, por supuesto, será abordado en una posterior consideración del ministerio de Pablo mismo, pero estoy seguro que estamos empezando a percibir algo de su significado. Aún antes de nuestra contemplación del coronado y consumado ministerio del apóstol Pablo, hay varios asuntos de considerable valor que pueden constituir un breve capítulo por sí solos.

Traducido de *The Stewardship of the Mystery* (2)
Witness and Testimony Publishers, 1966.

Hermano de verdad

Robert Cleaver Chapman, de Barnstaple, Inglaterra, fue un santo muy raro del siglo XIX. Su nombre fue clasificado junto a George Muller y J.N. Darby como «uno de los principales hombres entre los hermanos».

Con respecto a él, se relata que Darby, al oír críticas sobre Chapman, exclamó: «Déjenlo en paz; nosotros hablamos con respecto a los lugares celestiales, pero él mora en ellos. Y por el hecho de haber vivido allí, él puede mostrar a muchos el camino hacia allá, presentándonos a Aquel que es el Camino, el único Camino».

De su propia experiencia, Chapman dijo cierta vez: «Descansar en todo en Cristo, cesando todas las obras de la carne, es el secreto de habitar en Él».

À Maturidade

BIBLIA

Claves para el estudio de la Palabra

1 y 2 Timoteo

A.T. Pierson

Palabra clave: Doctrina

Versículo clave: 1ª Tim. 3:9; 2ª Tim. 1:13

Las epístolas a Timoteo, así como la de Tito, son llamadas pastorales, porque son dirigidas a hermanos encargados del rebaño. El objetivo de estas dos epístolas es dejar un legado apostólico de advertencias y consejos para la orientación y el aliento de la iglesia. Con Timoteo, su hijo en la fe, Pablo mantiene un relacionamiento peculiar, y en estas cartas él destaca la necesidad de la sana doctrina .

En esta ocasión, el error atacado en particular es la herejía agnóstica, resaltando seis características de esta falsa doctrina:

1. El alegato de un conocimiento o iluminación superior.
2. Una teoría religiosa falsa con especulaciones estériles y sin provecho.
3. Una práctica desordenada, cauterizando la conciencia como con un hierro ardiente.
4. Una interpretación alegórica de las Escrituras, invalidando la resurrección.
5. Una mera forma de religiosidad, en la cual las palabras ocupan el lugar de las obras.
6. Una concesión mutua entre Dios y Mamón, reduciendo la santidad a

una cuestión de ganancia mundana. Y, sobre todo, la apariencia de una santidad superior, permitiendo pecados flagrantes mediante la afirmación de un motivo puro.

Es enfatizada la culpa moral de la herejía, y también la necesidad de apartarse de las vanas especulaciones, que sustituyen hechos por fábulas, y obras santas por contiendas de palabras. La doctrina es uniformemente asociada con la salud espiritual y una vida cristiana activa.

Estas epístolas están asociadas con el encarcelamiento de Pablo en Roma. Él vivió dos años en una casa alquilada, hasta la primavera del año 63 d.C.

En julio del 64, hubo siete días de fuego en Roma, destruyendo diez de los catorce sectores de la capital. Nerón,

para desviar las sospechas de sí mismo, culpó a los cristianos por el incendio.

Pablo permaneció preso por dos años y, después de ser liberado, viajó probablemente a España e Inglaterra. Luego, fue arrestado por segunda vez, y tratado con mayor severidad, dándose inicio así a una gran persecución.

Durante este periodo en prisión, Pablo escribió la segunda epístola, que fue también la última, siendo martirizado poco tiempo antes de la muerte de Nerón, en junio de 68 d.C.

Pablo, al igual que su Maestro, soporó el peso de la soledad y la conciencia de la proximidad del martirio.

Sin embargo, como Cristo, se olvidó de sí mismo y amonestó a Timoteo a utilizar con diligencia el don de Dios.

Él anticipó la apostasía venidera y los falsos maestros; sin embargo, alentó a Timoteo con cuatro grandes motivos: la veracidad y exactitud de la sana doctrina; el testimonio mutuo de Cristo y de las Escrituras; la aprobación del Maestro, y la manifestación venidera de Cristo y el día de la recompensa.

La mano del Maestro

Se anunció en cierta ciudad norteamericana que un gran músico tocaría un violín que costaba 1000 dólares. Se llenó el teatro, pues muchos tenían curiosidad por oír un violín de tan alto precio. (El dólar tenía en aquellos tiempos mucho más valor que hoy).

El violinista dio, en efecto, un magnífico concierto. Sin embargo, apenas apagado el último acorde, el público vio con asombro que el músico arrojaba el instrumento al suelo y lo pisoteaba hasta convertirlo en astillas.

Inmediatamente, el empresario apareció en medio de grandes murmullos, y explicó que el instrumento destrozado era un violín barato, y que a continuación el artista tocaría con el violín de 1000 dólares.

Cuando lo hizo, muchos de los presentes dijeron que apenas habían notado la diferencia.

No es tanto el instrumento como la mano que lo pulsa lo que tiene el mayor valor. Tú puedes ser un violín de poco precio, pero si te pones en la sabia mano del Maestro, tu vida producirá maravillosos acordes de gracia.

Samuel Vila

El significado de la Pascua

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Éxodo 12

Hay razones por las cuales puede parecer que a este capítulo le falta la profundidad y la fascinación de algunos otros capítulos del libro de Éxodo; pero como hecho positivo, éste es de importancia fundamental, ya que toda la historia del pueblo hebreo está asociada a él. Aquí encontramos un relato de la institución de la Pascua, la ceremonia religiosa anual que ha ocupado el centro en la vida y en la historia del pueblo hebreo. Señala la ocasión, describe el ritual y declara el propósito de esa fiesta.

El año en que la fiesta fue instituida fue el 2513 desde la creación del hombre. Este cálculo va de acuerdo con la cronología de la Biblia, ateniéndose a las afirmaciones de ésta en lo que se refiere a las generaciones de los hombres.

Hurgando en la historia

Es necesaria una breve ojeada a la historia, a fin de comprender mejor este capítulo. Abraham había entrado en la tierra cuatrocientos años antes del éxodo. Es bueno recordar de cuando en cuando la aparente lentitud del procedimiento divino, porque con frecuencia nos vemos en peligro de volvernos impacientes respecto de las actividades de Dios.

De acuerdo con nuestros calendarios, éstas llevan un ritmo en apariencia lento; no obstante, recordemos muy en serio que la aparente lentitud de Dios se debe siempre a la lentitud real del hombre para responder y cooperar con el programa divino.

De paso, diremos que esto ha sucedido con respecto al gran acontecimiento de la segunda venida de Cristo. Mientras muchos se atarean demasiado discutiendo si él está cerca

o lejos, haríamos bien en recordar que hay buenas razones para creer que ya la segunda venida hubiera tenido lugar, si la iglesia de Dios hubiera sido fiel a su llamamiento y misión.

Volvamos al asunto que estamos tratando. Cerca de cinco siglos antes del éxodo, el hombre escogido por Dios había sido llamado a ser el creador de una gran nación, para bendición de todas las naciones. El largo retraso se debió a la lentitud del hombre. Es innecesario entrar en los detalles de este periodo, pues todos están familiarizados con ellos. Pero bástenos recordar que a causa de haberse desviado del sendero de la fe, el pueblo que había surgido de los lomos de Abraham había sido llevado a Egipto y segregado en Gosén, al menos por doscientos cincuenta años.

Su permanencia allí se debió a su desvío, pero en la economía divina constituyó un método por medio del cual fue segregado de toda posibilidad de contaminación con las naciones circunvecinas. De esta manera, a través de los fuegos extraños de la disciplina, aquel pueblo había sido preparado para lo que estaba ahora por seguir.

Había llegado el tiempo en que era necesario que este pueblo tuviera una constitución y una conciencia nacionales. Había vivido en una prolongada esclavitud que, al correr de los años, se había convertido en ab-

yecta y cruel. Por medio de ese bautismo de largo y continuo sufrimiento, la fibra del pueblo se había endurecido y aun cuando había caído en una condición desesperada, fue precisamente este sentido de propia insuficiencia lo que preparó el camino para la acción de Dios.

La hora de Dios

Dios nunca hace surgir el nuevo día demasiado pronto, pero tampoco demasiado tarde. La intervención de Dios en la historia humana siempre tiene lugar en la hora precisa, bien sea valiéndose de almas fieles, de aquellos a quienes él ciñe o aun de aquellos que no le han conocido, en toda la historia subsecuente.

Es imposible, entonces, leer un capítulo como éste, que guarda relación con la historia que le precede y con la que le sigue, sin darse cuenta de la gran importancia que deben tener los hechos que allí se registran.

El capítulo comienza con las palabras: *«Y habló Jehová a Moisés y a Aarón en la tierra de Egipto, diciendo...»*. Esta frase nos llama la atención a que lo que sigue es un registro de las palabras de la autoridad divina. Jehová habló ahora al pueblo sobre el cual había estado vigilante siempre, no desviándose nunca de Su propósito, siempre inspirado en amor, a pesar de que el sufrimiento había sido necesario.

Dios hablaba a su pueblo a través de un caudillo a quien había elegido en medio de su amarga esclavitud. Todo el relato está lleno de asombrosa belleza, y nos revela cómo Dios obra por medio de métodos muy sencillos, que de momento pueden parecer sin importancia. Un pequeñito lloró a la vista de una mujer, y como resultado de aquel llanto fue llevado a la corte de Faraón y educado *«en toda la ciencia de los egipcios»*, según lo describe un escritor del Nuevo Testamento. Después de cuarenta años pasó de la corte a la soledad grandiosa del desierto, y ello por medio de un acto de su parte que estuvo caracterizado por fervor sin sabiduría.

Aquí de nuevo Dios estaba dejándose ver, gobernando y empujando hacia adelante. Después del segundo periodo de cuarenta años en su vida, comenzó su tarea verdadera dentro del propósito de Dios.

Un cambio en el tiempo

Las primeras palabras que Dios dirigió a Moisés fueron una orden, por el cual el calendario fue cambiado. *«Este mes os será principio de los meses; será éste para vosotros el primero en los meses del año»*.

El mes en que estas palabras fueron pronunciadas fue el mes de Abib, el mes de la primavera. Antes de esto, el año comenzaba en Tishri, el mes de la cosecha. De aquí en adelante,

el ciclo del año para este pueblo iba a comenzar con el secreto de su vida nacional que ahora estaba contemplando, secreto que consistía en la acción de Dios por medio de la cual lo libertaba de la esclavitud y lo apartaba como pueblo escogido para sí.

Ya hemos dicho que Israel había sido separado de otras naciones por circunstancias raciales y geográficas; pero ahora, en un sentido nuevo, iba a ser una nación verdadera, no como las demás, sino escogida; una nación con un Rey, Jehová mismo, es decir, una teocracia.

La Pascua

Tenemos en seguida la relación de dos fiestas entrelazadas: la primera era la fiesta de la Pascua, y la segunda la de los panes sin levadura, que siempre se observaban juntas. La Pascua llegó a ser para el pueblo hebreo la fiesta religiosa más grande y más importante del año. Queda la impresión de que el día de la expiación era

La aparente lentitud de Dios se debe siempre a la lentitud real del hombre para responder y cooperar con el programa divino.

el más grande, pero desde el punto de vista de la existencia nacional, la Pascua fue la fiesta suprema. Es interesante observar, de paso, que la Biblia contiene diez relatos de la observancia de la Pascua.

En primer lugar, consideremos esta fiesta tal como se celebró la primera ocasión, con un ceremonial sencillo. El cordero seleccionado debía ser perfecto, sin mancha. Debía ser degollado; y seleccionado el décimo día del mes y sacrificado el décimo cuarto. La sangre del cordero debía rociarse en el dintel y sobre los postes de las casas, pero nunca en el umbral. Nadie se atrevería a hollar esa sangre.

Una vez rociada la sangre, el cordero constituía el alimento y se comía dentro de la casa, a puerta cerrada. Todo esto debía ser juntamente considerado como simbólico. De paso diremos que es interesante recordar que esta es la única fiesta religiosa del pueblo hebreo que se celebraba durante la noche.

Significado de la Pascua

Podemos preguntar ahora lo que aquella ceremonia significó en ese momento para aquel pueblo. El juicio de Jehová se había extendido sobre la tierra. Después de haber tenido gran paciencia con Faraón, cuyo corazón Dios había «endurecido» durante el curso de los acontecimen-

tos; esto es, lo había conservado con firmeza de carácter, capacitándolo para obrar por sí mismo, durante lo cual Faraón había endurecido su corazón contra los mandamientos de Dios. Jehová ratificó su acción, endureciéndole el corazón.

Éste es siempre el método de Dios. Él es paciente, él aguarda, él suplica, él sigue; pero si el hombre persiste en endurecer su corazón, llega el momento cuando Dios ratifica tal actitud. Se le había dado la última oportunidad; pero ahora, por causa de su persistente rebelión, los juicios de Dios se extendían sobre la tierra. En el interior de las casas de los hebreos, que habían rociado con sangre el dintel y los postes, las familias celebraban la Pascua en estrecha camaradería; afuera, el ángel de la muerte esparcía desolación, pero nunca traspasó una casa donde la sangre había sido rociada.

Si nos fijamos en los grupos reunidos dentro de los hogares, notaremos que todos se encuentran en actitud de peregrinos; sus lomos ceñidos, el cayado en las manos y las sandalias en los pies; todos listos para la marcha. Comieron la Pascua de prisa, aunque con la conciencia de una perfecta seguridad creada en ellos por el hecho de que habían sido obedientes al mandamiento divino.

Es imposible decir hasta dónde comprendió aquel pueblo el significado

fundamental de lo que estaba aconteciendo. Es muy probable que no lo entendiera, pero estaba obrando por fe. Recordando aquella escena, nos damos cuenta de todo el simbolismo que encerraba. Los juicios de Dios estaban en acción, pero de acuerdo con el arreglo divino, se proveía de seguridad a los hombres por medio del sacrificio.

No tenemos ninguna constancia de un caso semejante, que nos dé base para suponer que haya habido un hebreo que dijera: «Todo esto es algo que no tiene fundamento racional. Nada va a acontecer; no tenemos necesidad de obedecer esta orden». Solo vamos a suponerlo por vía de argumentación. Si tal hubiera sido el caso, con toda seguridad el ángel de la muerte hubiera entrado en la casa de un hebreo, como entró en el palacio de Faraón.

Tal era entonces el valor espiritual o el significado del rito. Hablaba de protección por medio del sacrificio, y constituyó un gran anuncio, un surgimiento esplendoroso de principios por la simple observancia de un ritual.

Los panes sin levadura

En íntima relación con la fiesta de la Pascua estaba la fiesta de los panes sin levadura. En esta fiesta no se comía levadura en ninguna forma. Este es el primer lugar en la Biblia donde

se hace mención de la levadura. La palabra hebrea que se usa aquí para *levadura* significa exactamente lo que la palabra *fermento* significa entre nosotros. La fermentación ha sido definida no por un teólogo, sino por un hombre de ciencia, como una descomposición química.

La levadura es siempre un elemento de destrucción. En el Nuevo Testamento, ella conserva su mismo significado. La palabra griega tiene exactamente la misma idea que la palabra hebrea, y se refiere a aquello que desintegra, separa y destruye.

Si el simbolismo del cordero degollado y de la sangre rociada hablaba de seguridad por medio del sacrificio, cuando el juicio de Dios se extendía sobre la tierra y se había de participar de la Pascua en actitud de peregrinos listos para la marcha, listos para el siguiente paso, bajo la protección de aquel sacrificio redentor; se insistía en que el pan que se comiera había de ser sin levadura, simbolizando así el hecho de que no debe permitirse nada que pueda desintegrar y romper la unidad del propósito divino, ni en la vida individual, ni en medio del pueblo que, en la economía de Dios, se iba a constituir en una nación.

En aquella noche, pues, que mucho debía ser recordada, en aquella noche extraña, fueron establecidas fiestas simbólicas y sugestivas para la

nación que iba a surgir. La vida nacional estaba basada en un acto divino que había redimido al pueblo de la esclavitud, que lo había puesto bajo la autoridad de Dios en una forma nueva y más íntima, y que le recordaba que no debería permitir la existencia de nada que pudiese estorbar el propósito divino.

El propósito de las fiestas

Al leer esta historia, me parece de suma importancia que nos fijemos en algo que estamos en peligro de pasar por alto; me refiero a la razón por la cual tales fiestas fueron establecidas, razón que se expresa claramente en las palabras: «*Y cuando os dijeren vuestros hijos: ¿Qué es este rito vuestro?, vosotros responderéis: Es la víctima de la pascua de Jehová, el cual pasó por encima de las casas de los hijos de Israel en Egipto, cuando hirió a los egipcios, y libró nuestras casas*» (Éx. 12:26-27).

Esta es la afirmación a la cual me he referido como la que puede tomarse muy a la ligera. La declaración es que cuando Dios estableció esta fiesta ritual, lo hizo teniendo en cuenta los intereses de los hijos. Él estaba haciendo arreglos para las generaciones del porvenir.

La acción de Dios se basaba en la filosofía de que nosotros somos demasiados lentos aún para comprender, y que la esperanza del futuro está en

los niños; que si éstos son bien educados y bien informados, está asegurado el camino de Dios en la historia humana.

Otra ilustración de esto mismo ocurrió más tarde en la historia del pueblo. Cuando, después de un periodo de peregrinación por el desierto, entraron en la tierra prometida y cruzaron el Jordán, Dios ordenó a los sacerdotes que sacaran doce piedras del lecho del río, y que construyeran un altar al otro lado, con el objeto de que cuando los niños preguntaran qué era aquello, se les explicara.

Dios está poniendo constantemente frente a la mirada de los niños cosas que los incitan a hacer preguntas, y no hay tarea más importante que la de contestarlas, interpretando así al niño, el gobierno y el método de Dios.

Viene después la historia del Éxodo, que es tan familiar, que no necesitamos detenernos en ella. El juicio de Dios cayó sobre Egipto, y entonces se escuchó el extraño clamor, lleno de remordimiento, del Faraón, que saliera el pueblo.

El éxodo

El pueblo salió y comenzó la vida nacional. Pasaron de la esclavitud a la libertad, de la brutal opresión a la vida bajo una autoridad benévola; de la degradación, que es consecuencia de la esclavitud, al ennoblecimiento,

que asegura la vida bajo un verdadero gobierno.

La libertad no significa libertinaje. Nunca quiere decir que cada hombre ha de seguir su propio camino, porque esto es el caos, la anarquía y el infierno. La libertad es la vida bajo la ley, que la acondiciona de una manera perfecta.

El capítulo nos dice que cuando ellos emprendieron la marcha, iba con ellos una multitud mezclada. Siempre hay algo de flaqueza en la marcha de los hombres, aun cuando vayan obedeciendo al mandato de Dios. Esa multitud no era de su carne, ni de su raza. No formaba parte de los escogidos de Dios, y causó dificultades después. En Números 11:4, encontramos una referencia a dicha multitud, y la última alusión a ella la hallamos, muy avanzada ya en la historia del pueblo judío, en Nehemías 13:3.

La multitud mezclada ha sido siempre una amenaza en la marcha de Dios y en la del pueblo de Dios. Así es hasta el día de hoy. Las iglesias organizadas de nuestro tiempo están invadidas por una multitud mezclada, y ésta, eternamente, obstruye el progreso del pueblo de Dios.

Así contemplamos el Éxodo. No han recibido todavía su constitución en detalle; ésta les sería dada por Dios a través de Moisés. Aquí solamente los contemplamos sobre la marcha. Los

siglos precedentes se han encargado de probar que esta hora fue importante en la historia humana.

En relación con esto, el ritual de la Pascua fue descrito como una ordenanza, como una fiesta y como un sacrificio. Es una ordenanza, o lo que es lo mismo, un arreglo autorizado; es una fiesta, es decir, una ocasión de regocijo por la libertad; es un sacrificio, esto es, el reconocimiento del hecho de que su vida nacional no se debió a su propia iniciativa, ingenio, sabiduría o habilidad, sino a un acto de Dios, por medio del cual él nos atrajo hacia sí.

En el Nuevo Pacto

El Nuevo Testamento se refiere a ambas fiestas como simbólicas de toda la economía cristiana. Pablo, escribiendo a los corintios, dice: *«Limpiaos, pues, de la vieja levadura, para que seáis nueva masa, sin levadura como sois; porque nuestra pascua, que es Cristo, ya fue sacrificada por nosotros»* (1ª Cor. 5:7).

De esta manera se refiere a la fiesta del pan sin levadura y de la Pascua, mostrando cómo los propósitos divinos, simbólicamente sugeridos al pueblo hebreo, han sido cumplidos y están siendo llevados adelante por medio de Cristo y su iglesia.

Condensado de
«Grandes Capítulos de la Biblia», Tomo I.

Confesión y restitución

Watchman Nee

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica

"Y por esto procuro tener siempre una conciencia sin ofensa ante Dios y ante los hombres" (Hechos 24:16).

El hábito necesario de confesión y restitución

Después que hemos creído en el Señor, necesitamos cultivar el hábito de pedir perdón y hacer restitución. (No nos referimos aquí a las cosas del pasado; nos hemos ocupado de este tema con anterioridad)¹.

Si ofendemos o herimos a alguien, debemos aprender a enmendar nuestras faltas mediante la confesión o la restitución.

Si confesamos a Dios y pedimos perdón a los hombres, nuestra conciencia se mantendrá sensible y despierta. De lo contrario nuestra conciencia se endurecerá, y una conciencia dura es incapaz de recibir luz de Dios. La luz no brilla con facilidad sobre una persona cuya conciencia se ha endurecido.

¹ Ver revista N° 64, «Terminando con el pasado» (pág. 107).

Evan Roberts, el famoso evangelista galés, solía preguntar a las personas: «¿Cuándo fue la última vez que pediste perdón?». Si aquello ocurrió hace mucho tiempo, algo anda mal. Es inconcebible que puedas vivir durante años sin ofender a alguien.

Lo más probable es que hayamos ofendido a otros sin tener conciencia de nuestros pecados. Siendo así, nuestra conciencia está en oscuridad, desprovista de luz y de sensibilidad.

«¿Cuándo fue la última vez que pediste perdón?». Al percibir la duración del lapso de tiempo, podemos verificar si hay algo entre la persona y su Dios. Si el lapso de tiempo ha sido grande, sabemos que aquel espíritu carece de luz. Pero si recientemente ha pedido perdón a alguien, entonces sabemos que su conciencia es sensible.

Los nuevos creyentes deben apreciar la importancia de una conciencia sen-

sible, porque solo esto nos permite vivir en la luz de Dios. Con una conciencia sensible, podemos seguir condenando nuestros pecados como pecados. Muchas veces tendremos que confesar nuestros pecados a Dios y también pedir perdón a los hombres.

Pecados que requieren confesión

¿Por cuál tipo de pecados necesitamos pedir perdón? No todos los pecados requieren ser confesados a los hombres, pero debemos reconocer aquellos que dañan o lastiman a otros. Si yo pecco, y lo que hago causa pérdida a mi hermano o a un incrédulo, debería expresar mi pesar a esa persona. No solo debo confesar a Dios, sino también pedir perdón a la persona implicada.

Podemos pedir a Dios que perdone nuestros pecados, pero ¿cómo podemos pedirle que nos perdone en nombre de otras personas? Sin duda, debemos confesar a Dios y pedirle que nos perdone, pero también debemos hacerlo con aquellos a quienes hemos herido. Es muy importante que nunca tengamos la idea de que es suficiente con pedir el perdón de Dios para cubrir nuestras ofensas contra los demás.

Por otra parte, es absolutamente innecesario pedir perdón por pecados que no están relacionados con los hombres. Los jóvenes creyentes deben ser guardados de la exageración,

de ir demasiado lejos. Sea cual sea el pecado, éste es cometido contra Dios, pero, si no está asociado con el hombre, necesita solo ser confesado a Dios, pero aquello que es un pecado contra el hombre necesita ser confesado al hombre.

No ofendas fácilmente a las personas; en especial, no ofendas a un hermano. Pero si lo haces, caerás bajo un juicio del cual es difícil ser liberado. El Señor lo dice enfáticamente: «*Ponte de acuerdo con tu adversario pronto, entre tanto que estás con él en el camino...*» (Mateo 5:25). ¿Cómo? «*Entre tanto que estás con él en el camino*». Hoy todos estamos aún en el camino. Ni él ni tú han muerto. Ambos viven y, por lo tanto, siguen en el camino. Así que reconcílate con él rápidamente.

La práctica de Mateo 5:23-26

Tratar con todas las deudas

El «último cuadrante» mencionado en Mateo 5:26 no se refiere a una cantidad real de dinero; más bien sugiere que si cualquier deuda no es cancelada, la persona todavía no es libre.

Reconcílate primero con tu hermano

Veamos más de cerca este pasaje. «*Por tanto, si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti...*» (v. 23).

Es muy importante que nunca tengamos la idea de que es suficiente con pedir el perdón de Dios para cubrir nuestras ofensas contra los demás.

Aquí se refiere en especial a los asuntos entre los hijos de Dios, entre hermano y hermano.

Es cuando tú estás entregando tu ofrenda en el altar, no cuando estás orando. En ese preciso momento recuerdas que tu hermano tiene algo contra ti. Esto, sin duda, es la guía de Dios. Con frecuencia, en los asuntos de esta naturaleza, el Espíritu Santo recuerda cierto incidente o pone un pensamiento determinado en tu mente. Cuando así ocurra, no deseches el pensamiento como si fuera simplemente algo fugaz. Más bien, trata fielmente con él.

Si recuerdas cómo se siente tu hermano, debe ser porque tú le has ofendido. Dicha deuda puede ser o no de carácter material; no obstante, es una deuda. Tú puedes haberle ofendido por un hecho injusto relativo a cosas materiales o inmateriales; si es así, entonces él tiene algo contra ti. Si un hermano o una persona a quien has ofendido gime y clama a Dios por cau-

sa tuya, entonces tú estás seriamente obstaculizado ante los ojos de Dios.

Si estás a punto de entregar tu ofrenda en el altar y te acuerdas que un hermano tiene algo contra ti, es mejor que no sigas adelante. Deja tu ofrenda, porque es correcto dejarla ante Dios con el fin de ofrecerla más tarde. *«Reconcíliate primero con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda»* (v. 24).

Aunque la ofrenda es para Dios, primero debe haber reconciliación con el hombre. Quien es incapaz de reconciliarse con una persona, no puede venir a Dios y ofrendar. *«Reconcíliate con tu hermano»*, significa aplacar la ira, ya sea pidiendo perdón o haciendo restitución. Tú debes pedirle perdón o pagar la deuda de manera que él quede razonablemente satisfecho.

Cómo pedir perdón y hacer restitución

Ahora, veamos cómo debemos confesar y pedir perdón, y cómo debemos hacer restitución.

1. El alcance del pecado

En el hecho de pedir perdón o restituir, el pecado mismo determina el ámbito de la confesión o de la restitución. No es necesario irse a los extremos. Deseamos que hermanos y hermanas actúen de acuerdo con la palabra de Dios y no se excedan. Es

en la desmesura que Satanás tiene fundamento para iniciar su ataque.

El alcance de la disculpa debería ser tan amplio como el alcance del pecado. Si el pecado fue contra todos, se debería confesar a todos. Si fue contra una persona, se confesará solo a esa persona. Confesar a una persona cuando el pecado es contra todos, no es suficiente; confesar a todos cuando se pecó contra una persona es exageración.

El alcance del pecado determina el ámbito de la confesión. Por supuesto, dar testimonio es otro asunto. Yo he pecado con frecuencia de manera personal, pero a veces quiero dar testimonio de ello a los hermanos y hermanas. Esto es algo nuevo, a ser tratado por separado. Pero en cuanto a la confesión y la restitución, estos dos son definidos en su alcance. Este punto debe ser observado cuidadosamente.

2. La injusticia de inculpar a otros

Si dos personas pecan juntas, por ejemplo, robando o usando falsedad para obtener algo, entonces quien confiesa o hace restitución no debería inculpar al otro. Sea cual sea el conocimiento que tengamos, esto es algo confidencial.

El que viola la confianza es injusto. Si alguien me informa de un determinado asunto, es como si me confiara una suma de dinero. No puedo ven-

der mi confianza, porque sería injusto.

Recuerda, es injusto revelar cualquier asunto que alguien te haya confiado. Así que, al hacer confesión o restitución, no incrimines a la otra persona, para que no seas injusto.

3. Pecados que no deben ser confesados

Hay ciertos pecados que no deberían ser confesados. No debes confesar para apaciguar tu propia conciencia, si aquel que oye tu confesión perderá su paz como resultado. No debes buscar tu propia paz, a costa de quitar la paz a otro.

Por ejemplo, supongamos que una jovencita hizo algo terriblemente malo, pecando contra su madre, pero su madre no se enteró de ello. Su madre, siendo un miembro de la iglesia, está insegura de su salvación y, además, tiene un carácter terrible. La hija, habiendo sido iluminada por Dios, tiene conciencia de su pecado; se siente terriblemente mal y está constantemente preocupada por ello, así que lo confiesa a su madre.

Tras la confesión, la hija tiene paz en su corazón. Pero la madre, desde ese día, se perturba tanto que pierde el control y anda enfurecida día y noche. La madre pierde su paz, mientras la hija recupera la suya. El principio es nunca ganar la paz al precio de la paz de otro.

4. Consultar con los hermanos responsables

En relación a la confesión, los nuevos creyentes deberían aprender a consultar con frecuencia a los hermanos responsables de la iglesia. Así, bajo la protección de la iglesia, ellos pueden conducirse en todo adecuadamente y sin excesos. Deben confiar en los hermanos responsables, a fin de ser instruidos en cuanto a cuáles cosas deben ser confesadas y cuáles no.

5. Cartas de restitución

En cuanto a la restitución, es posible que tú no tengas los recursos para pagar. Hacer restitución es una cosa, pero ser capaz de pagar es otra cosa. Si no puedes pagar, entonces debes escribir una carta de restitución, diciendo honestamente: «Pagaré, pero no puedo hacerlo ahora. Perdóname, por favor. Tan pronto como pueda,

saldaré mi deuda». Esto, también, por supuesto, debe cumplirse.

6. Conciencia limpia

Finalmente, es importante no caer bajo acusación excesiva al hacer confesión. Esto es algo absolutamente posible. Cada persona necesita valorar cómo la sangre del Señor limpia su conciencia. A través de su muerte, puedes tener una conciencia limpia de ofensa delante de Dios. La muerte del Señor te permite acercarte a Dios. Tal es la realidad.

Por otra parte, también debes saber que, para ser una persona limpia ante los ojos del mundo, debes batallar con tus pecados. Si pecas contra las personas en cosas materiales o en otros asuntos, debes estar dispuesto a tratar con ellos. Sin embargo, nunca permitas que Satanás te ataque con acusación excesiva.

Spiritual Exercise, Chapter 23
Christian Fellowship Publishers.

Monopolio

Cuando D.L. Moody era un muchacho, oyó a alguien decir: «El mundo tiene que ver todavía lo que Dios puede hacer con un hombre enteramente cosagrado a Él». Moody se dijo: «Yo seré ese hombre». Y todos sabemos lo que Dios hizo por medio de semejante servidor suyo.

En sus días, los líderes de una congregación planeaban una campaña de avivamiento, y varios eran partidarios de llamar a Moody, cuando uno de los oponentes dijo: «Oyéndoles hablar así, cualquiera pensaría que Moody tiene un monopolio sobre el Espíritu Santo».

«Sabemos que no es así», fue la serena respuesta de uno de ellos, «pero parece que el Espíritu Santo sí tiene un monopolio sobre Moody».

De Ilustraciones Evangélicas

Una voz de alerta ante el peligroso conocimiento y manipulación de la genómica humana hoy.

¡No editen el Genoma Humano!



Ricardo Bravo M.

El título de este artículo puede interpretarse como una especie de súplica, o tal vez como un grito desesperado ante un evento trágico, el que pareciera estar ya muy pronto a ocurrir. O quizás ya está ocurriendo. Lo llamativo de esta súplica o grito imperativo es que la están haciendo varios científicos norteamericanos, especialistas en genómica humana, y está dirigida a otros científicos, también expertos en la misma área, los que no ven inconvenientes en editar el genoma de la especie humana.

Parte de la reflexión de los primeros, la que fue publicada recientemente en la revista *Nature*¹, decía lo siguiente: «*En nuestra opinión, el editar el genoma en embriones humanos, utilizando las actuales tecnologías, podría tener efectos impredecibles sobre las generaciones futuras. Esto hace que sea peligroso y éticamente inaceptable*».

Efectivamente esta es una problemática gravísima en la ciencia hoy, con consecuencias insospechadas para el futuro de la especie humana en la Tierra. Sin embargo es una información casi desconocida para los noticieros y periódicos del mundo.

Genómica y genoma

Antes de revisar esta temática hemos de aclarar brevemente algunos conceptos. La ciencia de la genómica es el estudio de la composición, de la estructura y de la función de un genoma.

A su vez, el genoma es la totalidad de genes que posee un organismo vivo, (unos 30.000 en el ser humano), los cuales contienen en su interior una molécula muy compleja, llamada ADN (ácido desoxirribonucleico).

Esta molécula, el ADN, contiene todas las instrucciones genéticas nece-

sarias para desarrollar un ser vivo completo a partir de una célula huevo, y luego dirigir las distintas actividades biológicas y no biológicas (temperamento, inteligencia, etc.) que este tendrá. Es una especie de manual de instrucciones para formar al organismo completo y para que este funcione, se reproduzca, y se pueda auto reparar cuando tenga fallas.

¿Qué significa «editar»?

Habiendo revisado qué se entiende por genoma, el segundo paso para entender la súplica o mandato imperativo al que alude el título de este artículo, es revisar qué se entiende por editar en el contexto genómico.

El verbo «editar» se usa en genómica de la misma forma como se usa en la informática computacional. Es decir, se trabaja algún documento con la posibilidad de modificarlo mediante el programa informático adecuado.

En el caso de una publicación de una revista o libro, editar es adaptar un texto a las normas y estilo de una publicación determinada. El editor entonces puede cambiar, eliminar, o insertar nuevas partes en un documento, si es en el área computacional, o eliminar palabras, conceptos, modificar términos, etc., si se trata de un artículo de revista o libro.

Desde luego esta es una analogía altamente simplificada, porque la información codificada en el genoma hu-

mano es inmensurablemente más compleja que cualquier programa computacional o enciclopedia literaria o científica.

Revisados estos conceptos de genoma y edición del mismo, podemos ir entendiendo en parte la petición que ruega u ordena no editar el genoma humano.

Antes de continuar con la intervención de ingenieros genéticos en los genes humanos, se hace necesario revisar cuál es el alcance de esta ciencia de la genómica, desde cuándo se inicia, y qué otras especies han visto ya desvestidos y alterados sus genes antes que el ser humano.

Surgimiento de la ciencia modificadora de genes

A principios de la década de 1980 (mediados de los 90 en América Latina), la agricultura a nivel mundial comenzó un proceso de cambio profundo sustentado en el desarrollo de la ingeniería genética y la biología molecular. Se produjo la proliferación de cultivos modificados genéticamente, posibilitando nuevas capacidades para la producción agropecuaria.

Pero este desarrollo, no solo cambió las estrategias de producción de bienes y servicios agroindustriales, sino que junto con ello fue introduciendo en la sociedad nuevos desafíos. Ries-

gos para la salud de la población, riesgos ambientales, riesgos para la diversidad natural de las especies, y la incapacidad de los países de prevenirlos y regularlos.

Es claro que la tecnología avanza mucho más velozmente que la legislación, la cual debiese regular su funcionamiento.

El avance de la superficie cultivada con variedades transgénicas de soja y maíz, generó desde entonces un destacado dinamismo y crecimiento económico en el sector agropecuario². No obstante, estos resultados fueron también acompañados por un aumento de los procesos de erosión del suelo y pérdida de fertilidad.

¿Qué es un OMG?

La ingeniería genética, una vez que consiguió decodificar los genes en algunas especies de animales y vegetales (conocer la secuencia y ubicación de la información genética en el ADN), se entusiasmó con la posibilidad de modificarlo, alterarlo, o recombinarlo con genes de otras especies, a través del uso de herramientas de biotecnología moderna (Ingeniería Genética), la que pretende dar al animal un nuevo rasgo o característica.

Aunque no es exactamente lo mismo, se suele usar como sinónimo de organismo modificado genéticamente (OMG) a los organismos transgénicos.

La transgenia es el proceso de transferir genes de un organismo a otro, pero en ocasiones se suele aplicar también cuando se han modificado genes a través de ingeniería genética.

En cierta medida, existirían unos pocos casos de transgenia natural, por medio del traspaso horizontal de genes entre bacterias, o de bacterias a organismos mayores.

Así lo sugieren los resultados de un estudio reciente en la papa, patata dulce o boniato (camote en Chile), el que se habría originado a través de transferencia horizontal, en donde una bacteria denominada *Agrobacterium*, le habría traspaso fragmentos de ADN a la patata dulce, la que lo habría incorporado a su genoma³.

Sin embargo, estos casos serían más bien aislados, por cuanto los antecedentes de la patata dulce en el consumo humano tienen ya varios miles de años de historia, sin haber experimentado más cambios.

Sin embargo, otra cosa es la manipulación artificial de un mayor número de genes, con una tasa de ocurrencia a escala que puede ser solo de meses, dada la tecnología actual. Por tanto, la mayor intensidad y frecuencia de la manipulación genética podrían hacer la diferencia con la transgenia natural respecto a los riesgos para la salud humana y ambiental.

Riesgos declarados en los OMG

De acuerdo a la Escuela de Medicina de la prestigiosa Universidad de Harvard en EE.UU., los siguientes riesgos se podrían atribuir a la acción de organismos modificados genéticamente (OMG):

1. Incremento en las alergias alimentarias (aumento en más de un 50% en los últimos treinta años).
2. Dispersión incontrolable de los OMG con el consecuente daño a la biodiversidad.
3. Incremento en el uso de químicos tóxicos en la agricultura.
4. Introducción de genes exóticos al ambiente por medio de los OMG.
5. Incremento de la inseguridad alimentaria.

En otros estudios, se ha asociado el fuerte incremento en la tasa de incidencia de cáncer a la tiroides, con los OMG, hasta en un 80%, determinándose además una muy alta correlación entre los cultivos modificados genéticamente y el deterioro de la salud en los Estados Unidos de América, relacionada con otras 22 enfermedades⁴.

A favor de los OMG

Existen algunos aspectos beneficiosos para la salud humana a partir de los organismos modificados por inge-

nería genética. Por ejemplo, en 1978 se consiguió obtener la secuencia molecular de la insulina humana. Esta secuencia de ADN humano se introduce en el interior de la bacteria *Escherichia coli*, para que la bacteria produzca insulina humana. A esta insulina se le llama insulina con ADN recombinante. En efecto, esta tecnología va en directo beneficio de los pacientes diabéticos.

Otro ámbito beneficioso de la transgenia es la terapia génica. Con ella se han realizado tratamientos de células enfermas, evitándose la transmisión de enfermedades hereditarias.

Sin duda que estos aspectos son positivos, y podrían serlo más aún, si no estuviesen asociados al gran negocio lucrativo de la salud en gran parte del mundo hoy día. Este último problema ha nublado el juicio de algunas instituciones científicas.

Por ejemplo, en 2013, la European National Academies of Science Advisory Council, escribió lo siguiente⁵:

«Hay abundante evidencia y experiencias acumuladas en todo el mundo sobre beneficios, y falta de evidencia de riesgos asociados al medio ambiente o salud humana por el uso de la tecnología de cultivos modificados genéticamente ... Es vital que la producción sustentable en la agricultura y seguridad alimentaria apro-

veche el potencial de la biotecnología...».

Este enunciado pudiese ser creíble, si no fuese por el texto que está subrayado. En verdad sí existe abundante evidencia científica sobre los riesgos de la modificación genética de organismos. Desde un par de décadas atrás, varios estudios científicos vienen encendiendo luces de alarma respecto a los OMG^{6, 7, 8, 9}, existiendo en la actualidad un fuerte debate entre científicos acerca de la seguridad de los OMG¹⁰.

Ética o Bioética: la ciencia por sí sola no puede responder

Sin embargo, el debate más fuerte en el ámbito de los organismos genéticamente modificados se está dando en los experimentos que se realizan hoy en genética humana, con miras a modificarla, incluso en su línea germinal o reproductiva.

Tiene mucho sentido, porque una cosa es modificar la genética del maíz y la soya y discutir las consecuencias que ello conlleva, pero otra muy distinta es alterar la genética humana, y de manera irreversible, en el caso de modificarse la línea de las células reproductivas.

Los efectos de tales modificaciones podrían ser impredecibles sobre las generaciones futuras. Esto lo hace muy peligroso y éticamente no acep-

table, como lo afirman prestigiosos círculos de científicos norteamericanos¹.

Otra de las discusiones fuertes en esta área se genera en torno a la cuestión de patentar los genes, en el contexto del Proyecto Genoma Humano. La Organización Internacional del Genoma Humano, fundada en 1988, propuso repartir los beneficios obtenidos para invertir en investigación o bien en la infraestructura que ésta requiere.

Sin embargo, el SNP Consortium creó un banco de genes, el First Genetic Trust de Chicago, con la información almacenada proveniente de universidades e institutos de investigación. El negocio se vislumbra floreciente, al parecer.

Es claro que la biología de hoy tiene una poderosa tecnología para editar genes humanos, pero junto con ello existe un enorme cúmulo de preocupaciones relacionadas con ella. Esta potente tecnología se enfrenta a serios dilemas éticos y bioéticos respecto a la edición y manejo del genoma humano, y la ciencia no puede responder a ellos.

No deja de llamar la atención que el Proyecto Genoma Humano intentó abordar esta nueva dimensión en la investigación, y generó junto a él un sub-proyecto bioético que contemplase las dimensiones relativas a esta

área del proyecto, con una asignación de un 3% del presupuesto total (que fue de 3.000 millones de dólares), para abogados, religiosos y filósofos.

Tal vez se hizo en recuerdo de otra caja de Pandora abierta por la ciencia a mediados del siglo pasado, la que permitió conocer la forma de liberar la energía contenida en el átomo y sus macabras consecuencias, con la posterior construcción y detonación de la bomba nuclear en dos ciudades japonesas, con decenas de miles de muertos en forma instantánea, y otros tantos miles mutilados y genéticamente atrofiados de por vida.

No obstante, la bioética se origina más bien en la esfera médica, a partir de los impresionantes avances científicos y tecnológicos de mediados del siglo XX. Entre ellos se cuentan los trasplantes de órganos, los diagnósticos prenatales, la muerte cerebral, la eutanasia, la relación médico-paciente y otras más.

Pero el dilema presentado por la manipulación del genoma humano supera todas las líneas contempladas hasta ahora por la bioética.

Editar genes en humanos. ¿Dónde están los límites?

Hay grandes preguntas que se están haciendo hoy los científicos, para las cuales no hay respuesta¹¹.

Por ejemplo: ¿Cuánto es posible reducir el riesgo de no apuntarle al trozo de ADN adecuado cuando se está interviniendo el genoma? ¿Qué enfermedades son las que debiesen editarse en el genoma? ¿Pueden ser predichos los efectos en el fenotipo cuando se edita el genoma? ¿Debiese ser editada la línea germinal humana? Son preguntas fundamentales que lamentablemente se quedan en el andén, mientras el tren de la ciencia ya avanza rápidamente a la próxima estación.

La última tecnología que permite editar el genoma humano se conoce con la sigla CRISPR-Cas9. Este sistema le facilita enormemente la tarea a los ingenieros genómicos, abriéndoles muchas más puertas para la modificación, inserción o eliminación de genes en humanos.

Por supuesto que el discurso está bien fundamentado. Aseguran que «sería para curar enfermedades genéticas».

La revista científica *Nature* publicaba en junio de 2015 una serie de artículos sobre esta nueva caja de Pandora que está abriendo el ser humano. Uno de ellos se titulaba: «La ciencia no lo puede resolver»¹², haciendo referencia al riesgo que implica el editar genes humanos, agregando que estas decisiones debiesen ser debatidas en el ámbito político.

No es clara esta última propuesta. ¿Podría resolver este dilema la Cámara de Diputados, o tal vez el Senado? ¿Acatarían los científicos las indicaciones políticas, si éstas pidiesen no editar el genoma humano?

A pesar de que estas preguntas son muy recientes (junio de 2015), lo cierto es que ya están muy atrasadas, porque en China ya se está editando el genoma humano en embriones, lo que ha disparado las alarmas en los científicos occidentales¹³. De estos últimos, surge la súplica comentada en la primera página, acerca de que no sea editada la línea germinal del genoma humano.

Dentro del panorama mundial de países que están en la línea de editar células germinales humanas, se encuentran Estados Unidos, Reino Unido, Alemania y China¹⁴.

De todos ellos, el más peligroso es China (otros países tal vez lo estén haciendo también, pero hasta ahora no lo han publicado). Una científica norteamericana publicaba en 2015 que investigadores chinos, de la Universidad Sun Yat-sen, estaban ya editando células germinales humanas.¹⁵

¿Qué es el hombre?

Dentro de los variados artículos publicados por *Nature* en 2015, teniendo como foco la inminente manipulación genética de la línea germinal humana, uno de ellos declaraba que

El debate más fuerte en el ámbito de los organismos genéticamente modificados se está dando en los experimentos que se realizan hoy en genética humana, con miras a modificarla.

se requieren protocolos de Bioseguridad urgente.¹

Es muy cierto que se requiere mucha ética (no solo bioética). Pero, ¿de qué depende la ética aplicada a la genómica humana? Depende en gran parte de la concepción que se tenga del ser humano.

Las intervenciones genéticas de la línea germinal humana se están presentando como una oportunidad para eliminar el sufrimiento, extirpando o modificando genes dañinos, y así salvar y prolongar la vida humana.

Es posible que, efectivamente, en algunos de estos científicos expertos en genómica se hallen estos anhelos altruistas, aunque con una cosmovisión secular. Pero aquí caben varias preguntas:

El actual daño genético humano, ¿formaba parte del diseño original, o éste

fue alterado, y luego degradado progresivamente, producto de la transgresión humana descrita en Génesis 2:17? ¿Podrá la ingeniería genética asegurar la salud y mejorar la calidad de vida humana al alterar y modificar sus genes por medios técnicos, liberándolo de la esclavitud y corrupción a la que fue sometida la biología de su cuerpo junto con la creación, como lo declara Romanos 8:20-22? ¿Podrá la ciencia de la genómica superar el diseño genético humano original, si hasta ahora declara que es un misterio cómo funciona la regulación genética, y cómo se origina la información genética codificada?¹⁶

La pregunta clave aquí es: ¿Qué es el hombre? Si se parte de la premisa que la vida humana es un producto azaroso de la evolución darwiniana, entonces esta cosmovisión entenderá que la ingeniería genética se podría «adelantar» al proceso evolutivo, editando cambiando y «mejorando» los genomas, suponiendo que éstos no son más que solo un puñado de sustancias químicas y agua, que la evolución ha esculpido.

El Diseño Inteligente

Pero si el punto de partida no es el evolutivo, y todo indica hoy que no lo es, (no existen leyes naturales que expliquen la formación de códigos en el ADN), y se parte de la premisa que la información codificada del ADN es

producto del Diseño Inteligente de un Creador Omnipotente, el resultado cambia radicalmente, porque una de las implicaciones de esta segunda premisa es que, al no haber azar en el origen del hombre, debió entonces haber un propósito en su creación.

La Biblia declara que el ser humano alteró negativamente ese propósito, lo cual ha quedado registrado incluso en sus genes, los mismos que hoy se intenta editar a imagen y semejanza de la ciencia de la genómica.

Una prestigiosa revista científica de Biofísica y Biología Molecular publicaba en 2015 un listado de interrogantes no respondidas por la ciencia de la Biología.¹⁶

Una de ellas era: *¿Cómo funciona la regulación genética en plantas y animales? En otras palabras, ¿cómo llega a formarse un animal en un ser vivo completo, con billones de células (en el caso del ser humano), a partir de una sola célula huevo?*

Esto es hoy un enigma para la ciencia, porque un organismo que nace a la vida pasa por un complejo desarrollo embrionario, donde se van formando uno a uno los distintos órganos con sus tejidos particulares, los que dan origen a los distintos sistemas, que en su conjunto, constituirán el organismo vivo.

¿Cuál es el origen de tan enorme cúmulo de información codificada que da lugar a este colosal proceso?

La respuesta no puede venir del ámbito naturalista, porque no existen leyes naturales que expliquen el origen de la codificación y regulación genética. Solo puede provenir del ámbito sobrenatural, y así fue revelado en la Biblia hace ya unos tres mil años, como podemos leer en Salmos 139:16: «*Mi embrión vieron tus ojos, y en tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar ni una de ellas*»¹⁷.

La ética cristiana no necesitaba llegar al siglo XX para ser declarada como una rama del saber humano, ni se origina a partir del razonamiento humano. Ya formaba parte de su conocimiento hace más de tres milenios, dado por mandato divino.

Esta ética reconoce al ser humano como una criatura hecha por un Diseñador Todopoderoso, que no puede ser imitado ni menos superado en su actuar como Creador de la vida y de los genes que la dirigen.

«*Seréis como Dios*» (Gén. 3:5), fue la afirmación que hizo Satanás a Eva en el huerto del Edén, invitándola astutamente a desobedecer la orden de no comer del árbol de la ciencia del bien y del mal, porque el hacerlo le significaría la muerte.

El peligroso conocimiento y manipulación de la genómica humana hoy, en manos de científicos que están lejos de Dios, puede ser tal vez uno de los últimos resultados nefastos que esté dando el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal consumido por nuestros primeros padres.

Bibliografía

1. Lanphier E. *et al.* 2015. Don't edit the human germ line. *Nature*, Vol. 519, Pág. 410-411.
2. Bárcena A. *et al.* 2004. Los transgénicos en América Latina y el Caribe: un debate abierto. Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) Santiago de Chile. 397 págs.
3. Kyndta T. *et al.* 2015. The genome of cultivated sweet potato contains *Agrobacterium* T-DNAs with expressed genes: An example of a naturally transgenic food crop. *PNAS*, vol. 112, Nº 18, Pages 5844-5849.
4. Swanson N. *et al.* 2014. Genetically engineered crops, glyphosate and the deterioration of health in the United States of America. *Journal of Organic Systems*, 9(2), Pages 6-37.
5. European Academies of Science Advisory Council. 2013. Planting the future: opportunities and challenges for using crop genetic improvement technologies for sustainable agriculture. 70 págs.
6. Ewen S. & A. Pusztai 1999. Effect of diets containing genetically modified potatoes expressing *Galanthus nivalis* lectin on rat small intestine. *The Lancet*, Vol. 354, Issue 9187, Pages 1353-1354.
7. E. Rosi-Marshall *et al.* 2007. Toxins in transgenic crop byproducts may affect headwater stream ecosystems. *PNAS*, Vol. 104, Nº 41, Pages 16204-16208.
8. Séralini G., D. Cellier & Spiroux de Vendomois, J. 2007. New analysis of a rat feeding

- study with genetically modified maize reveals signs of hepatorenal toxicity. Archives of Environmental Contamination and Toxicology DOI: 10.1007/s00244-006-0149-5.
9. Carman J. *et al.* 2013. A long-term toxicology study on pigs fed a combined genetically modified (GM) soy and GM maize diet. Journal of Organic Systems, 8(1) Pages 38-54.
10. Mampuy R. & F. Brom. 2015. Ethics of Dissent: A Plea for Restraint in the Scientific Debate About the Safety of GM Crops. Journal of Agricultural and Environmental Ethics, Volume 28, Issue 5, pp 903-924.
11. Tauxe W. 2015. Genome Editing. 4 Big Questions. Nature, Vol. 528, Pág. 17.
12. Sarewitz D. 2015. Science can't solve it. Nature, Vol. 522, Pag. 413-414.
13. Liang P. *et al.* 2015. CRISPR/Cas9-mediated gene editing in human tripronuclear zygotes. Protein Cell, 6(5):363-372.
14. Ledford H. 2015. The landscape for human genome editing. Nature, Vol. 526. Pág. 310-311.
15. Doudna J. 2015. Embryo editing needs scrutiny. Nature, Vol. 528, Pág. S6.
16. Sukhendu B. 2015. Unsolved problems in biology - The state of current thinking. Progress in Biophysics and Molecular Biology. 117, 23-239.
17. Biblia Reina Valera 1995.

Una voz venida del cielo

Cierta vez, el evangelista Charles Spurgeon fue invitado a predicar el evangelio en el Palacio de Cristal, de Londres. Como él quería estar seguro de que su voz fuese oída en esa inmensa sala, que por aquel entonces no estaba sonorizada, la víspera del encuentro visitó el lugar con un amigo, para hacer una prueba.

Desde el estrado, Spurgeon recitó a gran voz un versículo de la Biblia: «*Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*» (1ª Timoteo 1:15). Luego repitió el mismo versículo en un tono de voz normal. Su amigo le indicó que la acústica era buena, y el predicador se fue tranquilo a su casa.

Veinticinco años más tarde, este mismo evangelista fue invitado a ver a un enfermo que estaba en sus últimos momentos. Spurgeon le preguntó: «¿Está usted preparado para encontrarse con Dios?». «Sí», respondió el enfermo, «no tengo miedo, porque Jesús es mi Salvador».

Luego, contó a Spurgeon cómo había recibido la salvación de su alma. «Yo era obrero y estaba efectuando una reparación en la cúpula del Palacio de Cristal. En aquella época, yo vivía sin Dios. De pronto, oí dos veces una voz que parecía venir del cielo: *Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores*. Aquellas palabras alcanzaron mi conciencia y mi corazón con tanta fuerza, que ese mismo día me entregué al Señor Jesucristo».

Este mensaje, dirigido a todos los que se reconocen pecadores y tienen necesidad de salvación, sigue resonando aún hoy.

La Buena Semilla

Cartas de nuestros lectores

Instrumento de edificación

He recibido la última revista y doy gracias a Dios por permitirles ser el instrumento que Él utiliza para bendecir nuestras vidas y edificar así el cuerpo de Cristo. En el servicio que ustedes realizan se nota que hay dedicación, entrega y que el trabajo se hace con excelencia, como para el Señor. Dios les retribuya en abundancia.

Sandra Soto (Chile).

Alimento espiritual

Aquí, los hermanos esperan con ansias cada nueva publicación y la comparten con otros luego de leer. Se va multiplicando el alimento para que llegue a muchos más. Sigamos adelante, no desmayen, que es muy valioso el trabajo que hacen. Gracias por tanto esfuerzo y dedicación.

Emilse Venturoli (Argentina).

Ministración del Señor

Unos hermanos me obsequiaron ejemplares de la revista. Dios los ha usado para ministrarnos, instruirnos y consolarnos. Es de vital importancia que el pueblo de Dios despierte y sus oídos estén atentos al llamado celestial que tenemos de ser y hacer todo lo que el Padre ha preparado para nosotros en Su Hijo Jesucristo. Si existe la

posibilidad de recibir algunos ejemplares de esta revista, nos sería de muchísima bendición y utilidad para edificar al Cuerpo de Cristo en nuestro pueblo.

Roberto Portal (Cuba).

Navegando por la red

Gracias a Dios por su vida y ministerio. Al fin he podido navegar en internet y visitar su sitio web, que no conocíamos. Fui muy bendecido al ver los materiales que disponen para nuestra edificación y crecimiento espiritual en Cristo. Seguimos orando por su excelente labor, y para que podamos confraternizar con ustedes y conocernos mejor.

Juan Fuentes (Cuba).

Compartiendo bendición

Recibimos el último número de la revista. Gracias al Señor, porque nos permite compartirlo para nutrirnos, edificarnos y, con la ayuda del Eterno, atesorarlo y practicarlo. El Señor os permita perseverar en tan hermoso y fructífero ministerio y os otorgue de su sabiduría, por su Santo Espíritu. Las señales de los tiempos muestran claramente que nuestro Señor y Salvador Jesucristo viene pronto.

Rafael Gómez (Colombia).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 83 · Julio - Agosto - Septiembre 2016.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.